

01000101 01101110 01110100 01101111 01101110 01100011 01100101
01110011 00100000 01100100 01101001 01101010 01101111 00100000
01000100 01101001 01101111 01110011 00111010 00100000 01001000
01100001 01100111 01100001 01101101 01101111 01110011 00100000
01100001 01101100 00100000 01101000 01101111 01101101 01100010
01110010 01100101 00100000 01100001 00100000 01101110 01110101
01100101 01110011 01110100 01110010 01100001 00100000 01101001
01101101 01100111 01100001 01101101 01101111 01110011 01100001
01100111 01100111 01100001 01101101 01101111 01110011 01100101

SOMBRAS EN EL ESPEJO

01101110 00101100 00100000 01100011 01101111 01101110 01100110
01101111 01110010 01101101 01100101 00100000 01100001 00100000
01101110 01110101 01100101 01110011 01110100 01110010 01100001
00100000 01110011 01100101 01101101 01100101 01101010 01100001
01101110 01111010 01100001 00111011 00100000 01111001 00100000
01100100 01101111 01101101 01101001 01101110 01100101 00100000
01110011 01101111 01100010 01110010 01100101 00100000 01101100
01101111 01110011 00100000 01110000 01100101 01100011 01100101
01110011 00100000 01100100 01100101 01101100 00100000 01101101
01100001 01110010 00101100 00100000 01110011 01101111 01100010
01110010 01100101 00100000 01101100 01100001 01110011 00100000
01100001 01110110 01100101 01110011 00100000 01100100 01100101
00100000 01101100 01101111 01110011 00100000 01100011 01101001
01100101 01101100 01101111 01110011 00101100 00100000 01110011
01101111 01100010 01110010 01100101 00100000 01101100 01100001
01110011 00100000 01100010 01100101 01110011 01110100 01101001
01100001 01110011 00101100 00100000 01110011 01101111 01100010
01110010 01100101 00100000 01110100 01101111 01100100 01100001
00100000 01101100 01100001 00100000 01110100 01101001 01100101
01110010 01110010 01100001 00101100 00100000 01111001 00100000
01110011 01101111 01100010 01110010 01100101 00100000 01110100
01101111 01100100 01101111 00100000 01100001 01101110 01101001
01101101 01100001 01101100 00100000 01110001 01110101 01100101
00100000 01110011 01100101 00100000 01100001 01110010 01110010
01100001 01110011 01110100 01110010 01100001 00100000 01110011
01101111 01100010 01110010 01100101 00100000 01101100 01100001
00100000 01110100 01101001 01100101 01110010 01110010 01100001

LUCIANO ARCURI

00101110 00100000 01000100 01101001 01101111 01110011 00100000 01100011 01110010
01100101 11110011 00100000 01100001 01101100 00100000 01101000
01101111 01101101 01100010 01110010 01100101 00100000 01100001
00100000 01110011 01110101 00100000 01101001 01101101 01100001
01100111 01100101 01101110 00101100 00100000 01100001 00100000
01101001 01101101 01100001 01100111 01100101 01101110 00100000
01100100 01100101 00100000 01000100 01101001 01101111 01110011
00100000 01101100 01101111 00100000 01100011 01110010 01100101
11110011 00111011 00100000 01110110 01100001 01110010 11110011
01101110 00100000 01111001 00100000 01101000 01100101 01101101
01100010 01110010 01100001 00100000 01101100 01101111 01110011
00100000 01100011 01110010 01100101 11110011 00101110

Sombras en el espejo

© 2018, Luciano Arcuri
www.sombrasenelespejo.com

“Por lo tanto, supondré que no hay un verdadero Dios, que es la fuente soberana de la verdad, sino algún genio maligno no menos poderoso que falaz y astuto, que utiliza toda su industria para engañarme.”
-**Descartes**

Capítulo I

Fueron hechos a su imagen

Del otro lado del cristal veía las luces iluminar la ciudad como estrellas en el cosmos de vidrio, concreto y avisos holográficos que era Nóvapor. Al menos en parte, lo que Litzy veía desde el pasillo del piso diecinueve era Arcadia, uno de los trece distritos de la ciudad. La verdadera Nóvapor era conocida como la cúspide de la civilización humana, una maravilla de rascacielos y avances tecnológicos. Una de las ciudades más grandes y el centro de comercio del mundo.

Cada mañana y noche, al atravesar ese corredor, Litzy no veía majestuosos edificios producto de las mentes más representativas de la arquitectura moderna, como en el lado oeste de la ciudad. No, los edificios en Arcadia eran más rudimentarios, más... arcaicos. La mayoría enfundados en ventanales de cristal, daban la impresión de un laberinto de espejos en el cual uno se podía perder con facilidad. Todos los edificios se elevaban monóticamente sobre el horizonte, ya no quedaban edificios pequeños a excepción de las zonas del puerto en los distritos de Vesper y Nereos. Pero lo que hacía que saltaran a la vista eran los anuncios publicitarios gigantes. No había espacio alcanzable por el ojo en el cual no se encontrara un holograma vibrando. El lienzo moderno era el holograma y dibujaban formas que cautivaban la vista en todos los colores posibles.

Litzy caminaba cada día hasta la puerta de su departamento teniendo que tolerar la magnífica visión que era Nóvapor, la verdadera Nóvapor más allá de Arcadia, e Isla Central. El lado oeste y este eran las zonas por las que era conocida la ciudad. Y a través del mural de cristal de grafeno que mantenía la calefacción natural, Litzy soportaba el chiste atroz que era tener que presencia todo a lo que ella no podía acceder. En cambio, estaba estancada en Isla Central, una cochina isla dividida en tres distritos. Litzy siempre quiso vivir en el lado oeste de Nóvapor, Occasus, luego que se le fuera prometido cuando era niña. Sin embargo, ahora vivía en la isla, un pedazo de tierra que contenía más de 31 millones de ciudadanos; y el resto de la ciudad parecía estar empujándola a la deriva. Para poder vivir en el lado oeste había que ser alguien, tener un ingreso anual de seiscientos mil drachmas. Una realidad imposible para alguien como Litzy, trabajando en una empresa de ensamblaje.

Y cuanto más grande era una ciudad, más insignificantes eran sus ciudadanos. 31 millones de habitantes y Litzy era una partícula más en la megalópolis de luces. Oculta en su departamento sin ventanas, Litzy dormía dos veces oculta en un sueño moldeado por drogas de diseño que ayudaban a su mente a no recordar el día pasado. A evitar que los demonios del orden social se apoderaran de las únicas oportunidades de verdadera libertad que tenía.

“Otro día”, dijo Litzy, luego de abrir los ojos gracias a la alarma del despertador. El reducido aparato chillaba desde la mesa de luz. Litzy estiró el brazo y lo trajo hasta ella. 6:25AM

parpadeaba en la pantalla de cristal. Los números grandes y azules gritaban la hora de la realidad en la que despertaba. En la misma cuando se durmió la noche anterior. Permaneció acostada esperando escuchar que cubo Pandora hiciera su matutino siseo al evaporizar la “fragancia” que la ayudaba a soportar las 24 horas que tenía por delante. La cabeza continuaba recostada en la almohada cuando ocurrió y sintió como su desasosiego matutino desaparecía en la nube blanca que provocaba el Pandora. Lo sintió actuar de a poco dentro de ella y luego de unos segundos estaba ofuscada, tranquila. Antes llegaba a sentirse feliz o al menos entusiasmada, pero su cuerpo fue asimilando los efectos y ahora solamente se sentía neutralizada.

El cubo Pandora era una pequeña caja plástica blanco pastel de diez centímetros, programable para vaporizar un gas que afectaba el funcionamiento químico del cerebro de la forma que uno quería. Los efectos eran estabilizadores, no producían cambios fuertes, y duraba poco más de doce horas. Los avisos estaban por toda la ciudad “Pandora, libera las preocupaciones de tu mente y solo deja la esperanza”. Con los extremos problemas de estrés, ansiedad y depresión que acarrearba la sociedad moderna las ventas se dispararon el primer día.

Mitad de la ciudad lo usaba y era extremadamente popular en Isla Central, esa pequeña caja blanca era lo que ayudaba a Litzy a levantarse cada mañana, a ella y a millones más. De los 14 millones de ciudadanos que vivían solamente en el distrito de Arcadia, más de la mitad tenía un Pandora. El mercado ofrecía dos soluciones, llegado a un punto de depresión los ciudadanos adquirirían un Pandora o un kit SicAnima. Los suicidios en toda la ciudad aumentaron en los últimos veinte años. Un setenta por ciento más de ciudadanos se arrojaban por ventanas, otros preferían ahorcarse, algunos morir desangrados en la bañera hasta quedar inconscientes. Y un margen prefería formas más creativas de morir, como pararse en medio de las vías de los Velox de la ciudad, o usar un neurovisor para tener sexo virtual hasta que se les parara el corazón. Como respuesta, desde hacía ocho años la ciudad promovió un kit SicAnima de eutanasia, el kit proveía lo suficiente para irse sin dolor y pacíficamente, sin traumatizar a los ciudadanos que encontraran los intestinos esparcidos por la calle después de que un Velox partiera a un pobre diablo en dos.

Litzy eligió el cubo. El actual estaba gastado y parecía que se cayó un par de veces.

A Litzy le costaba levantarse de la cama, sentía que no tenía las fuerzas para hacerlo, además ¿qué día le esperaba? El mismo que ayer, y anteayer, y el día antes, y así sucesivamente. En su memoria había un solo día, no podía recordar lo que hizo ayer, o la semana pasada. Era un día estándar lo que quedaba. En ocasiones creía que poseía poderes psíquicos, le sorprendía con la fortuita repetitividad que ocurrían las cosas.

La suavidad de las sábanas y la comodidad de la almohada, como dejaba reposar su cabeza lo consideraba celestial. Se quitó las sábanas de un movimiento brusco y plantó los pies en el piso, a cada segundo se le hacía más sencillo. Bostezó largamente. Inconscientemente miró a su izquierda, al reflejo que la esperaba cada mañana para saludarla. Detestaba ese espejo, el verlo era un reflejo de lo que se convirtió su vida. Se observó desde su posición, su otro yo

también la miraba con expresión indiferente, como si se burlara de ella.

Recordó que estaba casi desnuda cuando su cuerpo empezó temblar de frío. La ventilación del edificio nunca era suficiente en las horas matutinas de invierno.

Trabajaba en una empresa de ensamblaje, armando partes de sihumas en una línea de montaje que compartía con otros cien ciudadanos. Todos los días ella iba, se sentaba y armaba la misma pieza durante ocho horas. Pieza tras pieza lo odiaba, odiaba las computadoras oculares que le hacían ponerse para evitar que cometiera errores, odiaba el guardapolvo blanco, la máscara de tela que filtraba su respiración, y odiaba especialmente al dueño. Por suerte le permitían salir una hora para almorzar, la empresa tenía una cocina donde, sin saber ella porque, muchos la utilizaban para almorzar. Si permanecía ahí las nueve horas consecutivas enloquecería, ni siquiera el cubo blanco la ayudaría a contrarrestar esos momentos.

Confox quedaba en el centro de Arcadia, a cuatrocientos kilómetros de distancia de su departamento, por suerte uno de los trenes de alta velocidad Velox, que cruzaban Isla Central desde Nereos, a través de Arcadia, hasta Vesper, demoraba una hora en llegar, y la estación estaba relativamente cerca. Una vez en el centro, le restaban ocho manzanas por caminar. Fue el único trabajo que logró conseguir, vivía en el mismo departamento y tenía un contrato de tres años a un veinticinco por ciento de reducción de alquiler. Aceptó el trabajo y desde entonces realizaba su viaje completo de noventa minutos.

Ella dividía el viaje en tres bloques. El primer bloque era el trayecto que caminaba hasta el Velox, doce manzanas desde la puerta de su edificio; el bloque 2 era el viaje de una hora en el tren; y el último bloque era el recorrido hasta su trabajo, las últimas ocho manzanas.

Le molestaba el viaje, la saturación de gente al límite de morir sofocada, soportar la intolerancia y obstinación de algunos, la indiferencia por igual de los codazos violentos de quienes quieren hacerse espacio. Y eso era poco comparado a cuanto odiaba su trabajo. Por lo que sabía, Confox trabajaba para Galatea ensamblando piezas de sus sihumas, ninguno de los que trabajaba ahí sabía que mierda estaba armando. Ella ensamblaba lo suyo, lo ponía en una bandeja que un brazo mecánico pasaba a la mesa siguiente. Las piezas que usaba eran traídas por una estantería móvil que brotaba del piso, así que las piezas nunca escasearían para su felicidad. Su sección, pues la fábrica estaba dividida en tres partes, estaba formada por una mesa continua en forma de S que terminaba en L, donde una línea móvil llevaba las piezas a la otra sección del edificio separada por muros de concreto. Decían que el personal se distraería así que lo subdividieron y para motivarlos pusieron pantallas holográficas explicando la importancia del trabajo que ellos hacían. Construían sihumas, desde los que ayudarían en obras industriales, a la construcción de los imponentes sihumas C20 que patrullaban las calles y mantenían la ciudad segura. Litzzy sabía que todo era una mierda, una mentira para hacerlos sentir especiales. Todas las piezas que pasaban por Confox eran piezas usadas de sihumas desmantelados. Esa propaganda que flotaba sobre sus cabezas era repetida más veces que las piezas que ensamblaba Litzzy en una hora. “Somos parte de la ciudad, construimos su futuro”.

Circulaban las palabras de muro a muro haciendo un circuito que nunca acababa.

Por supuesto que un trabajo tan monótono que taladraba la voluntad del alma era apropiado para un sihuma más que para un humano, pero la ley de Codebrer prohibía a las empresas utilizar sihumas en puestos de trabajo que no representaran un riesgo físico o psicológico para humanos. Para Litzy no hacía diferencia, ella ya comenzaba asentirse una máquina de carne y hueso.

De regreso a la realidad, ante la mirada de su reflejo, Litzy se levantó, se dirigió al espejo, apoyó su mano y este se abrió. El espejo se deslizó hacia la izquierda dejando ver el clóset en su interior. Litzy buscó algo que ponerse. En el baño dejó la ropa sobre el lavado, abrió la ducha y cerró la puerta. Al menos el vapor calentaría el ambiente evitando que sufriera de espasmos al apagar el agua cuando la reserva para baño se acabara.

Sentir el agua recorrer su cuerpo bajo la lluvia la reconfortaba, era parte de la purgación mental que realizaba como rito cada mañana, lavaba los recuerdos del pasado antes que continuaran llegando. Pandora tenía su límite, la liberaba de la depresión, pero no le borraba la memoria.

Recordó la ropa al borde del lavado y por asociación el poco tiempo que le quedaba para terminar de ducharse, cambiarse, desayunar algo y emprender su viaje. El viento cálido que salió de las esquinas superiores e inferiores secó su cuerpo provocándole un escalofrío de placer, su cabello se secó luego de un par de segundos extras y entonces salió de la ducha. El espejo le anunciaba que afuera hacía dos grados y que sería un día frío en general, dos nubes se revolvían en círculos ilustrando alegóricamente las posibilidades de morir de frío. Se cambió rápidamente, se maquilló con la máscara y salió del baño dejando a los bots de limpieza haciendo su trabajo.

El frío se negaba a dejarla, buscó una chaqueta en el armario y se la puso inmediatamente. Era una vieja chaqueta marrón oscuro que tenía de hace un tiempo ya. Haciéndose de ganas acomodó parcialmente la cama, no fue muy meticulosa, pero ¿para qué preocuparse? Para el fin del día tendría que desarreglarla de nuevo, no valía la pena la molestia.

Las luces la saludaron con su brillo gentil en la cocina, abrió el refrigerador y sacó un paquete de Herbalis. La cocina estaba equipada con cristales de calor, Litzy los miró recordando la última vez que los usó. Fue en los primeros días de trabajo, luego comenzó a comprar los paquetes de autococción Hot in Time, Adco, VitaVictus, daba igual la marca, todos sabían igual o era su paladar que estaba tan anestesiado como ella. El refrigerador estaba lleno de ellos, tenía para toda la semana. Todos los alimentos eran mejorados genéticamente para proveer una mayor cantidad de calorías, proteínas y vitaminas en menor volumen. Venían de granjas propias, granjas más semejantes a laboratorios que a granjas reales. El Herbalis traía vegetales, que todos juntos, cabían en la palma de una mano. Y a Litzy le bastaban para toda la mañana. Además, si intentaba cocinar ella, que en la mayoría de los casos lo que preparaba resultaba incomible, demoraba una hora en terminar, y al final era más caro.

Junto con el desayuno se preparó un café presurizado en un cubo negro que depositó en una

taza pequeña. La taza sonó con una alarma átona cuando estuvo listo y se sentó en la mesa. Del óculus holográfico se proyectaba la hora en puntos azules que cambiaban de color oscilando alrededor del círculo cromático.

<<6:40 AM>> Anotó mentalmente.

-Proyecta. –dijo Litzy en voz alta.

La luz del óculus dilató sus ojos, la imagen se proyectó en su tamaño estándar, lo suficiente para verlo desde la mesa. El departamento era chico, un poco más cerca y tendría la imagen haciéndole cosquillas en la nariz. Engulló con el tenedor algunas frutas cecatas, sintió el sabor en el paladar y miró el plato circular de quince centímetros de diámetro, había sacado una “ensalada” de frutas. Continuó masticando de mala gana, ya estaba abierto. El sabor era horrible, pero no le sobraban drachmas como para andar tirándolo. Comió sin mirar lo que el tenedor le traía.

-¿... que esta tecnología estará disponible para el público, señor Garlof? –se escuchó provenir del óculus.

Bajaba y subía la mandíbula, masticando concentrada en no sentir el sabor. Intentó poner interés en lo que decían los dos sujetos. La pregunta pareció entretener al alcalde de traje negro por como sus hombros se sacudieron. El café aún no hacía efecto, los ojos se le entrecerraban y masticaba maquinalmente.

-Bien... el uso de prótesis mecánicas está siendo muy debatido. –dijo Malik Garlof, alcalde del distrito Leucippes, y cabeza del movimiento por la prohibición de ventas de optimizaciones. Las canas comenzaban a teñirle el cabello alrededor de las orejas, en mechones dispares. Tenía el rostro de un político y hablaba como político. Cara redonda, nariz alargada y oblonga, y una sien interminable, disfrazada debajo de un flequillo diagonal. Los ojos de Litzy seguían las palabras que volaban alrededor del hombre. –Galatea ha hecho grandes avances, -reconoció el alcalde. -todos conocemos el caso de Erika Wolf, que se donó ella misma como conejillo de indias. Entendemos lo que motivó a la señorita Wolf para someterse a este procedimiento experimental, pero ¿es esta la solución? Si remplazamos una pierna, luego querremos remplazar un brazo, nuestros ojos... hay una verdadera cuestión ética que debe ser discutida, ¿Estamos vendiendo nuestra condición humana a cambio de la perfección sintética?

-El caso de la medallista olímpica Erika Wolf fue un suceso que tuvo una importante repercusión en los medios –afirmó el entrevistador de cabello rubio, gris como ceniza. –Ella sufrió un trágico accidente donde perdió su brazo izquierdo, la optimización de Galatea le permitió recuperar una parte de su cuerpo que ella pensó perdida, fue así como lo expuso la señorita Wolf. Usted alcalde, ¿piensa que Erika Wolf está equivocada? ¿Debemos proceder con cautela ante una tecnología de este tipo?

-Claro que sí, como he dicho, comprendemos la decisión de Erika Wolf, pero temo que somos Ícaro volando hacia el sol y si no procedemos con cautela caeremos hasta nuestra inevitable destrucción. En mi departamento, y es por lo que hemos estado peleando los últimos

tres años, tememos que estas optimizaciones se conviertan en una adicción. Si llega a aprobarse su venta libre perderemos nuestra identidad como humanos. Al poner esta tecnología al alcance de cualquier ciudadano que pudiera pagarla ¿reemplazaría una parte de su propio cuerpo que no está dañada? Quiero decir... -se acomodó en la silla inclinándose a un lado. -Si llega a ocurrir, la brecha que divide las clases sociales se extenderá abismalmente. La población de Nóvapor sufrirá una división movida por la diferencia económica, los ciudadanos con optimizaciones conseguirán los mejores empleos, y las clases más bajas se autodestruirán intentando alcanzar a las clases superiores. ¿Comprendes lo que digo, Evan? Pero no es solo eso, el mayor miedo es ¿Qué pasaría, si por ejemplo, la mafia arma a sus miembros con optimizaciones? No solo nuestra condición como seres humanos y nuestra estabilidad social se verían comprometidas, sino también nuestra seguridad. Tendríamos sociópatas con fuerza sobrehumana, capaces de correr más rápido que un atleta olímpico. El Ministerio de Salud y Bienestar Nacional está presionando para regular las optimizaciones, mientras que Galatea alega que es una tecnología que debe estar al alcance de todos...

-Tengamos en cuenta que las mafias ya tienen optimizaciones clandestinas, las triadas, Los Soles Oscuros, la Niebla Roja, de una forma u otra allá afuera hay optimizaciones clandestinas...

-Motivo de sobra de porque deben prohibirse, Evans. Las prótesis han existido por décadas, los ciudadanos que nacen ciegos se les han dado ojos nuevos, todo tipo de prótesis existen hoy en día, es cierto que Galatea ha alcanzado la conexión nervio-maquina y hasta el momento las prótesis regulares se controlan por ondas cerebrales, pero esto es un campo minado en donde debemos caminar con cautela...

-Siguiente. -dijo Litzy aburrida del discurso moral. <<Al alcance de todos.>> repitió en su mente. Pensó que el alcalde tenía razón, ella encajaba justo entre la clase que moriría aplastada por los pisos de arriba. Llevó a la boca algo más de fruta evitando bajar la mirada, su mano adivinaba la dirección. -Siguiente. -repitió.

En primer plano apareció un hombre de cara alargada, cabello greñudo, una nariz extremadamente larga y un bigote negro delgado debajo de esta, que parecían dos gusanos saliendo por los orificios de la nariz. Tenía puesto un saco de cuello largo violeta, con detalles metálicos dorados. El locutor hablaba abriendo la boca un poco más de lo normal, luciendo estúpidamente una necesidad inconsciente de hacerse escuchar y llamar la atención de los espectadores. Detrás de él dos chicas casi desnudas esperaban con una sonrisa ansiosa a que hable con ellas y comenzaran el juego.

-Llegó la hora de mojarse con Syren. -gritó abriendo los brazos como si recibiera al público del mundo en un solo abrazo. La cámara se alejó rápidamente para enfocarlos y las dos chicas saltaron de euforia. -nada mejor para levantarse que un baño de agua fría ¿No es así?... -tanques cilíndricos emergieron encapsulando a cada una de las jóvenes. Syren explicó las reglas mientras los tanques se llenaban de agua. Una vez sellados comenzaron el juego. Cu-

bos azules holográficos aparecieron en el interior de los tanques y sobre estos un cubo rojo descendía. Las chicas se apresuraron a amontonar los cubos azules para evitar que el rojo continuara cayendo o al menos rezagarlo. El juego duró varios minutos en los cuales una de las jóvenes iba notablemente perdiendo, se esforzaba ansiosa por evitar su derrota cuando el pecho se le convulsionó por la falta de aire. Escupió el aire que le quedaba en la boca, intentó respirar, salir, pero el tanque estaba sellado...

-Siguiente. –ordenó Litzy aburrida.

Publicidades y más publicidades, una mano blanca salía de la arena, en medio de un desierto con una botella de píldoras verdes, como una pequeña planta brotando entre los granos. “Fetura, limpia la edad, con un solo comprimido por día comenzarás a sentirte más joven...” La botella sobresalió de la pantalla unos centímetros y antes de que pudiera escapar más, Litzy cambió de canal. Su control mental funcionaba, el óculus era tan malo que logró distraerla del aún peor sabor de la ensalada. Movié el tenedor para juntar un poco más y escuchó el golpe contra el fondo. Había acabado.

-Hora. –dijo y la imagen se transmutó en las 6:55 AM. –Apagar.

Con el silencio como acompañante permaneció sentada mirando las luces en el techo, las tres luces hexagonales estiradas, una línea se dilataba hacia la pared frontal y la del fondo. El sueño desaparecía para ese entonces. Sentía el café en su estómago, filtrándose a su torrente sanguíneo y a su cerebro.

<<El uso prolongado no es recomendable, si los efectos desaparecen se recomienda suspender el uso por un periodo de dos semanas.>> citaba la etiqueta del cubo Pandora. En una semana se cumpliría un año desde que lo usaba. Los efectos pasaron hace mucho y quedaron... bueno no quedó nada, el vacío de una mente ofuscada por narcóticos.

<<Gracias a Dios, por los narcóticos.>> No creía en Dios, pero siempre se lo agradecía.

Finalmente, cerró el plato con la tapa y lo arrojó en el cilindro de la basura, de ahí era problema del desmaterializador.

El tiempo transcurría, no se detenía. Odiaba tener que hacerlo, pero tenía que salir para emprender el viaje. No había otra alternativa. El tren llegaría a la estación alrededor de las 7:30 AM, eso le dejaba veinte minutos para caminar las doce cuadras, y diez minutos para esperar con la esperanza de encontrar un asiento libre. En una oportunidad pensó en comprarse deslizadores de levitación cuántica, unos EvaRollers, pero hacer cuatrocientos kilómetros en EvaRollers era simplemente imposible, sería más fácil que durmiera en Confox.

Las calles estaban colmadas de gente, la ciudad se despertó mucho antes que ella. El espejo estuvo en lo cierto, hacía frío, Litzy cruzó los brazos para abrigarse, esperaba no haberse olvidado de algo. Se adentró en el día que comenzaba. El ruido de infinidad de APHs envolvían las veredas, casi todos los peatones tenían uno y caminaban distraídos viendo sus pantallas, hablando solos, algunos moviendo las manos. Los que no llevaban un Asistente Personal Holográfico y de igual manera sacudían las manos delante de sus ojos, usaban una Computa-

dora Ocular Personal vieja, los modelos estándar funcionaban por comando mental; otros caminaban seguidos por NatoOrbs que levitaban proyectando pantallas traslucidas. Disimuladamente Litzy veía como los ojos de quienes poseían COPs se iluminaban, rojos, verdes, azules; el color dependía de la marca de los lentes. Y el resto eran sihumas que se mimetizaban entre la masa, con la marca de Galatea en la mejilla izquierda. Los que no eran sihumas regulares eran C20, los sihumas de vigilancia que trabajaban para los DPNs. Que sentir respecto a ellos, Litzy aún no resolvía su mente. Estaba tan acostumbrada a verlos que a veces olvidaba lo que eran. Los C20 junto con los rapaxs de vigilancia, que sobrevolaban las calles a varios metros de altura, eran los sistemas ambulantes de seguridad que complementaban al distrito de policía como medios no orgánicos.

En ocasiones recurrentes pasaban levitando unidades MeVs. Máquinas voladoras con un ojo holográfico. “Mensajeros Virtuales, el regalo perfecto para el agorafóbico.” recordó Litzy los avisos que ocasionalmente veía.

Apresuró el paso, con tanta gente demoraría más en llegar y si perdía el Velox estaría en serios problemas. Ningún otro medio de transporte llegaba tan rápido, debería esperar en la próxima línea de Velox, eso significaba llegar tarde por más de veinte minutos. Nunca llegó a perder el tren, diez o quince minutos antes ella ya estaba en la estación viendo la larga línea de las vías. Dejó de lado a los ciudadanos esquivándolos, llegó a una esquina, el anillo superior del semáforo era rojo. Los autos transitaban sin tregua, apresurados con los zumbidos de los motores eléctricos, como una manada de animales férreos.

La esquina completa estaba atestada de gente y Litzy miraba el semáforo esperando a que cambiara. Apenas el anillo de luz se tornó amarillo los vehículos disminuyeron su velocidad, dando lugar a los peatones a cruzar por la senda peatonal de fulgurantes líneas verdes.

A su lado, un muchacho de su misma edad escuchaba música en el APH, su chaqueta metamorfa cambiaba de color sistemáticamente de rojo a azul. Se dibujaban formas tribales que recorrían el pecho y los hombros. Aparecían y desaparecían en animaciones armónicas, el joven miró a Litzy con desinterés por un segundo y luego continuó perdido en su música. De pronto, Litzy sintió que la masa la empujaba, el semáforo cambió.

Doce cuadras caminando, no sabía con qué distraerse, observaba los edificios, las murallas de vidrio negro, las columnas de acero celeste. Arcadia era mayormente residencial, y aún quedaban edificios de hacía cien años. Algunas calles eran puramente edificaciones antiguas, al no poder derribarlas por tratarse de una zona residencial en la que vivían más de 400 ciudadanos en solamente una manzana, recurrieron a las exoestructuras. Los primeros pisos eran de arquitectura barroca de principios del siglo XX y al acabar continuaban pisos modernos de vidrios termoenergéticos de grafeno. El contraste del estilo contemporáneo con el clásico hacía parecer que los nuevos pisos aplastaban a los viejos. El edificio de Litzy no era así, no era muy viejo hasta donde ella sabía.

El muy cobarde del sol comenzaba a mostrar su ojo en alguna parte del horizonte, más allá

de la ciudad. El nacimiento y la muerte del día se podían ver únicamente desde los edificios más altos. Las pocas nubes que navegaban el mar del cielo se coloreaban de naranja dándole una apariencia corroída.

La estación Velox estaba a unos metros, el primer bloque del recorrido acababa finalmente, quedaba subir los tres pisos de escalera.

Las piernas eran quienes más sufrían, al menos podía alardear de tener piernas fornidas, esbeltas... como si eso importara... hubo momentos en que la idea de hacerse cortesana en una de las casas de Heteras estuvo en consideración. Si lo pensaba bien una cortesana tenía más importancia que ella en su profesión; un trabajo bien pagado, asegurado. Eran educadas, refinadas y estaba el detalle de su sexualidad, damas de placer.

La plataforma estaba más llena que de costumbre.

Llegando a medir cien metros de largo, la estación era completamente de cristal reforzado de grafeno, ese mágico material proveniente del carbono. Los rieles y las plataformas externas a ambos lados eran cubiertos por una marquesina en forma de U invertida. De esta se desprendían techos que descendían a ambos lados de la estación en forma de parábola, protegiendo el resto de la plataforma. Litzzy subió por las escaleras, apresurada. Tres pisos de escalones eran demasiado cuando el ascensor estaba lleno.

Adentro, el frío disminuyó. Se abrió el saco antes de que comenzara a transpirar. La caminata la acaloró. Desde la puerta de entrada, la plataforma de espera no parecía tener fin. Las puertas de acceso a la plataforma externa a la izquierda continuaban cerradas, no se abrirían hasta que el tren arribara. Cada diez metros más o menos dos pares de puertas se ordenaban a lo largo.

-Recuerden ciudadanos –sonó la voz por los auriculares perdidos en alguna parte. –las puertas de acceso se abrirán cuando el tren arribe. Por favor, esperen a que los pasajeros arribantes entren a la plataforma de espera antes de intentar entrar al tren. Las medidas son para su comodidad y rápido intercambio de pasajeros. Cualquier ciudadano que intente eludir estas medidas será penalizado. Gracias. –dijo en tono muy afable para la gravedad de sus palabras.

El mensaje era efectivo, se repetía cada tanto y nadie intentaba adelantarse y salir cuando no se lo indicaran las luces. Nada se escapaba a las cámaras de la estación. La mayoría se veían a simple vista, instaladas alrededor de las columnas que soportaban el techo de vidrio. Con el escaneo facial podían identificar con exactitud a cualquier ciudadano que incumpliera las normas.

El tren de Litzzy vendría del este, desde Nereos, era la cuarta parada y no demoraba en llegar. Los quinientos kilómetros por hora hacían al Velox el transporte principal, especialmente cuando el trabajo quedaba a cuatrocientos kilómetros. Sin importar cuanto lo pensara Litzzy, no existía forma alternativa de viaje que llegara en el mismo margen de tiempo. Al menos hasta que lograsen estabilizar la tecnología de levitación cuántica y saquen de una maldita vez los transportadores voladores.

Uno de los monitores holográficos describía el viaje del tren y estimaba el tiempo de arribo. En cinco minutos llegaría.

Apretada entre la multitud Litzy vio en uno de los monitores como una de las chicas se caía de una silla a un tanque lleno de una materia espesa, la chica comenzaba a ahogarse, sacudía los brazos pidiendo ayuda y la multitud reía. Litzy escuchó risas que provenían de toda la plataforma.

-Velox aproximándose, arribo en dos minutos. –anunció la voz y la masa de ciudadanos se sacudió moviéndose al borde de la plataforma.

El tren llegó, se detuvo en silencio con ritmo solemne. Se abrieron las puertas de los ocho vagones. Pocos ciudadanos salieron, en cambio, cuando la luz cambió, los más de seiscientos ciudadanos se abalanzaron al interior. Litzy se movió rápido, sin dejar que otros se le adelantaran, marcó con su pulgar en la pantalla de la estructura que dividía entre quienes salían y quienes entraban. Empujó hasta que finalmente entró, no consiguió asiento. Otro día viajando de pie. Aborrecía viajar de pie, comprimida con el resto de los pasajeros, sería una hora muy larga, pero no tanto como las nueve horas que pasaba en Confox.

El tren aceleró despacio y a medida que lo hacía Litzy sentía que se alejaba de una parte de sí misma. Al ver las caras de sus acompañantes reconocía quienes usaban un Pandora y quiénes no. Particularmente abundaban caras como la suya, sin expresión, guardando los pensamientos en su mente sin exteriorizarlos en rictus faciales.

En la siguiente parada los vagones se descongestionaron por unos segundos, un asiento se liberó y Litzy lo aprovechó. Los gemelos de las piernas se entumecieron, los masajé distraídamente hasta que el espacio libre que quedaba se llenó con los nuevos pasajeros. Los avisos publicitarios animados del techo le aconsejaban a los pasajeros un par de zapatos nuevos hechos de fibras que mutaban según la superficie, “Excelentes para el hombre activo del mañana”

El pasajero del asiento siguiente aprovechó para continuar viendo en el APH que pasó con la chica ahogada del juego. Molestó a Litzy la indiferencia con la que utilizaba el holograma encandilándole el ojo izquierdo. El segundo bloque no era mejor que el primero, ni siquiera más corto.

Cansada, escuchaba el ruido de una docena de voces hablando al mismo tiempo, hablando desde el APH con alguien o con su inteligencia artificial; o hablando con el COP, indicando comandos mientras revisaban algo por la red, no acababa de comprender porque no usaban los comandos mentales y les ahorraba tener que tolerar el atiborrado coro de órdenes y conversaciones fútiles. Deseando estar en cualquier otra parte no dejó de notar como su compañero de al lado dirigía miradas indirectas a sus pechos. Litzy se acomodó el cabello, incómoda. Sentía que la desnudaba con la mirada. Al verlo su mirada se cruzó con la de él, este le sonrió, sus ojos cambiaron de color. ¿Acaso le estuvo tomando fotografías?

El tren iba a tanta velocidad que los edificios pasaban como figuras distorsionadas. ¿Estaba

viajando a otra dimensión? ¿En el tiempo? El tiempo ya pasaba rápido, no necesitaba ayuda en eso. Imaginó que el tren se sacudía, los magnetos se separaban desprendiéndose de las vías, descarrilando en silencio, yendo a parar contra un edificio, explotando instantáneamente. El fuego ardía derritiendo el acero y la carne, imaginaba como el fuego la envolvía a ella, su piel se tornaba roja y comenzaba a desprenderse, luego sus músculos, hasta sus huesos. Y ella no se movía, miraba con ojos adormilados mientras todos a su alrededor gritaban en agonía devorados por las llamas. Pero nunca ocurría, el tren era tan seguro que no temblaba, y además se movía por magnetismo.

-Arcadia, sexta parada. Centro. Arriba en dos minutos. -dijo la amable voz inmaterial del vagón.

Las imágenes abstractas de las ventanas adoptaban formas a medida que el tren reducía la velocidad. El bloque 2 llegaba a su fin luego de una hora. Solo para comenzar el bloque 3. El último.

Salió dejando sus datos biométricos. Una de las pantallas le informaba que era 8:30 AM, y que el Velox siempre cumplía.

El centro de Arcadia era el corazón de Isla Central, poseía una densidad de población superior a la de cualquiera de las otras zonas de la ciudad. Para Litzy era como si nunca se hubiera bajado del tren, en las calles la gente se movía en un flujo perpetuo. Las aceras eran anchas con suficiente espacio, pero particularmente en los alrededores del cruce de las avenidas Artemis y Fedro el tamaño no alcanzaba. Las avenidas eran largas de cruzar, los dieciséis carriles de cada una hacían que tomara tiempo atravesarlas.

Dejó la estación junto a centenares de ciudadanos. Antes de que saliera, una de las pantallas le deseó que tuviera un buen día. Casi pareció una broma de mal gusto. Vio el tren comenzar a acelerar al estar a una cuadra de distancia, y un minuto después se escapó de su visión.

Tomó el nivel superior de la acera, caminar bajoescalera era como caminar bajo tierra, lo mismo que viajar en el subterráneo, similar a un gusano que reptaba en la oscuridad de sus túneles. En cada esquina había un holograma publicitario que obstruía la visión si es que había algo que ver. Del lado interior de la acera era lo mismo, avisos y más avisos holográficos se abrían cubriendo el cielo. Cuanto más alto, más grandes eran.

Un holograma femenino saludó a Litzy al pasar a su lado, le sugirió probar el famoso cubo que ella ya poseía. Lo ignoró, siguió caminando. Al mirar arriba los edificios eran aún más altos que en lado este del distrito. Llegaba a contar cuarenta pisos antes de que se cansara y el cuello le doliera. Buscaba distracciones que alejaran su mente de su destino. Recordaba el día de ayer para saber cómo sería el hoy, igual como ahora recorría las calles que recorrió ayer, se volvió un animal de hábitos. No es que tuviera muchas alternativas.

Tercer bloque. Confox ocupaba los primeros dos pisos de un edificio de cincuenta, y su superficie solo ocupaba la mitad del total de este. Las exoestructuras reforzaban el exterior y el interior de Confox, esos dos pisos eran viejos de al menos treinta años atrás. El resto del

edificio en cambio se construyó luego, pisando la fábrica, absorbiéndola en un simbiótico atemporal.

La entrada frontal era prominente, de casi tres metros de altura, hecha en bloques de cristal reforzado y unida por marcos de exoestructura. Las dos ventanas en el segundo piso, pertenecían a la oficina de Greco, las únicas ventanas de todo el condenado edificio. Ellos, los empleados, no entraban por el frente, el pasillo de entrada estaba en la parte trasera, adentrándose por un corredor entre la fábrica y el edificio continuo. Más de cien empleados hacían fila para entrar y marcar su llegada apoyando la palma de la mano en la pantalla, registrando su identidad y acceso. Las puertas se abrían 8:30 AM para que ellos puedan hacer su mecánica fila de esclavos.

Litzy se formó como todos. Algunos ya entraron y la hilera se movía ágilmente. Al llegar su turno, apoyó su mano en la pantalla y la escaneó un pantallazo de luz. Todas las huellas coincidieron, la foto de Litzy apareció en una segunda pantalla permitiéndole la entrada. Trabajar para Galatea exigía medidas de seguridad extras. Una sola huella dactilar no era suficiente, todos los dedos estaban registrados en la base de datos. Luego que la computadora le permitiera la entrada, Litzy miró la palma de su mano. ¿Desde cuándo ella vivía en sus manos? Vivía en las manos de otros, siendo moldeada a gusto. Agradeció de nuevo por el cubo y su maravilloso efecto, menos maravilloso que antes pero aún maravilloso.

8:45 AM. Entró al área de casilleros, muchos se ponían el guardapolvo blanco, la máscara, el COP, el gorro y los guantes.

Apoyó el pulgar en la rendija de su casillero y este abrió con un clic. Litzy Lerner parpadeaba en el pequeño cristal. Guardó el saco y se enfundó en el guardapolvo, depositó los guantes en el bolsillo, agarró el primer lente, se lo puso sobre el ojo derecho sin cuidado y luego lo hizo con el izquierdo; parpadeó, la computadora encendió y el sistema inició.

Faltaban diez minutos para comenzar el día, decidió sentarse en la cocina a tomar un descanso luego del viaje, con el tiempo que le quedaba. Se ató el pelo con cuidado y se puso el gorro blanco y se colgó del cuello la máscara.

De los casilleros pasó al pasillo y luego al área de descanso. Una de las jóvenes de su grupo fumaba un cigarrillo con despreocupación, se inclinaba sobre la mesa sosteniéndose con el codo, soplando el humo, cerrando la boca en una O. Litzy se sentó en la misma mesa.

-¿Un mal viaje? –preguntó la joven, cruzando las piernas.

-¿Cómo estás Sabrina?... nada a lo que no esté acostumbrada. –contestó Litzy con desgana, y hundió el rostro entre los brazos, cruzados sobre la mesa.

-Disfrutando del tiempo. –dijo levantando los dedos en los cuales sostenía el cigarrillo. –no te ves muy bien. A mí sí me parece que tuviste un mal viaje Litzy, desde que te levantaste tuviste un mal viaje.

-La vida es un mal viaje. –bromeó irónicamente.

-Pero al menos tienes trabajo, no puedes quejarte de ello. Tuviste suerte en caer justo en el

momento que despedían a una de las chicas. Fuiste muy oportuna. Deberías probar esto. –repuso señalando el cigarrillo, -calentaría tu cuerpo y alivianaría tu mente.

Litzy permaneció viendo el cigarrillo de Sabrina, como lo llevaba a la boca, le daba una pitada y luego exhalaba el humo. En cada movimiento repetitivo viciado, ella siguió la mano de Sabrina. Se dio cuenta de que ella misma era un cigarrillo. Los labios rojos y carnosos de Sabrina, eran la realidad que estaba succionando la vida de ella, Litzy, y expulsaban el resto de lo que quedaba en humo, que se perdía hasta desvanecerse. De a poco su vida se iba acabando. Se distrajo con el humo, y los espirales que formaba cuando salían sopladados desde la boca y terminaban en la nada, olvidados en un espacio ciclópeo. Finalmente, vio el fin del cigarrillo, Sabrina lo apagó en el conducto de basura en el centro de la mesa, el conducto se cerró, y cuando se volvió a abrir, las cenizas y el cigarrillo ya no estaban más.

Sabrina era una buena compañera, pero no alguien en quien se podía confiar.

-¿Has dicho algo? –preguntó Sabrina.

-Nada, estaba pensando... -dijo reposando su rostro sobre su mano derecha.

-¿En qué pensabas? –insistió.

-En nada.

-Vamos Litzy, siempre eres tan cerrada. ¿En qué pensabas?

-Simplemente pensaba... ¿Nunca te perdiste en tus pensamientos?

-Sí, algunas veces. Pero trato de no hacerlo. Pensar hace que pierdas el tiempo y cuando resolviste lo que pensabas el momento pasó. Gracias a no pensar demasiado obtuve mi aumento. –dijo sonriendo descaradamente.

-¿Aumento? ¿Cómo obtuviste un aumento?

-Con favores. –rio sutilmente y se apoyó en la mesa imitando a Litzy.

-¿Qué favores?

Sabrina se inclinó un poco más sobre la mesa y murmuró:

-Hace un mes, Greco me llamó a su oficina, -Litzy adivinó el resto. -me dijo que no estaba conforme con mi desempeño, que tendría que despedirme... inmediatamente supe lo que quería entonces seguí su juego, le pedí que no lo haga, que si había algo que podía hacer para mantener mi empleo, lo haría. Al escucharme decir eso, dibujó una sonrisa en su rostro y se aproximó a mí y me dijo: “Creo que podemos encontrar la forma de que conserve su trabajo.” y para cuando me di cuenta, lo tenía encima, cogiéndome en el escritorio.

Había algo de lógica en Sabrina, si lo medía por la temporalidad de su vida, satisfacer las perversiones de Greco parecían un precio bajo que pagar a cambio de un mayor sueldo y una actividad laboral más ligera. Sin embargo, Litzy no era así, no podía hacerlo.

-Te veo sorprendida. –continuó. -no sé por qué lo estás, si tú supieras aprovecharlo ganarías el doble de lo que ganas y estarías al final de la línea. –el final de la línea, eso significaba que Sabrina estaba sobre el resto, prácticamente ella tenía el poder de señalar a alguien y hacer que su puesto peligrara si encontraba una pieza mal armada o faltante. Le tocaba revisar todas

las piezas antes de pasar a la siguiente sección.

-¿Y cuándo te dio el aumento? –inquirió Litzy, interesada en saber a qué extremo era capaz de llegar.

-Yo se lo pedí, -susurró- solo tengo que soportar cogerlo un par de ves a la semana y vuelvo con diez mil drachmas a casa a fin de mes. Pero es solo eso, cogemos, no es que sienta algo por el degenerado ese. Aprovecho las oportunidades que tengo... No me des esa mirada. –dijo prendiendo otro cigarrillo. –no es tan malo, solamente imagino que lo estoy haciendo con alguien más y listo. No es tan difícil.

-Pero el solo pensar... no sé cómo lo haces. –expresó apoyándose en el respaldo de la silla. Quería dejar de escuchar, y Sabrina parecía tan... tan indiferente a lo que decía, como si contara una anécdota cotidiana. Fumando y riendo, como si se tratara un chiste. La envidiaba.

-No es muy difícil, no tengo novio y de esta forma, consigo un aumento y trabajo relajada. Tengo drachmas para todos mis gastos y me permite ahorrar lo suficiente...

Sabrina apagó el cigarrillo, la cuenta regresiva para ir a sus puestos comenzó, en menos de un minuto estarían sentados por cuatro horas interminables.

Se acomodaron el guardapolvo, se colocaron guantes y máscaras; marcharon por el pasillo y luego a la cámara de esterilización. La cámara se dividía en tres secciones, cada una dependiendo a que sección pertenecía. La de Litzy era la primera, siguió a Sabrina y a los otros.

La mesa de trabajo, la que le correspondía a ella tenía las primeras piezas listas para ser armadas. La computadora en sus ojos escaneó las piezas y le indicó como debía hacerlo. Sondeó a sus compañeros, todos clavaban la mirada en su tarea. Las palabras volaban por los muros. “Somos parte de la ciudad, construimos su futuro”. A veces el mensaje cambiaba por otro pero con la misma esencia. En otras palabras todos los mensajes eran la misma mierda. Ella sabía que no era parte de la ciudad, no era parte de la empresa, era... una pieza más que encajaba y funcionaba. Y si llegaba a fallar la remplazaban.

Se preguntó que estaría haciendo Greco en su oficina. Observándolos. Controlando sus movimientos porque no tenía nada mejor que hacer. Buscó a Sabrina al final de la hilera. Controlaba en una pantalla cada una de las partes armadas y luego las dejaba pasar a la siguiente sección. Era la cabeza de la serpiente ahora. Una serpiente que podía remplazar cualquier parte de su cuerpo si esta no funcionaba.

La respiración que chocaba contra su máscara humedecía sus labios y en ocasiones empañaba la pantalla de sus lentes. Parpadeando los limpiaba. La tarea consistía de enrollar un disco de metal en un complejo aparato que el resto de los otros miembros ensamblaban. Conectaba chips, cables, chips de nuevo, etc. Ajustar, enganchar, atornillar y soldar. Lo hacía con cuidado, meticulosamente. Ensamblar todo le tomaba unos siete minutos. Con todo eso terminado entonces su parte estaba lista, lo pasaba a la siguiente mesa. Y comenzaba todo de nuevo, y de nuevo.

Transcurrieron cuatro horas así y se aproximó el descanso del almuerzo. Rio al pensar que

aún restaba el tiempo que había transcurrido hasta ese momento.

Estaba cansada, los brazos le dolían al igual que la cabeza. Tal vez intentaría probar con una reconfiguración de memoria, construir recuerdos nuevos, felices. Le insertarían un chip en el cerebro y le crearían los recuerdos que ella quisiera. Había visto algo al respecto ¿Seguiría siendo ella si algo cambiaba en su memoria? Ser ella... ¿qué tenía de fantástico ser ella?

Volvió a la realidad, la computadora le decía que estaba colocando mal uno de los cables. Quedaría registrado, los COPs servían de registro de desempeño y ella volaba en la creación de recuerdos.

El descanso comenzó, la línea se detuvo en seco y todos se levantaron simultáneamente. Al fin acababa la primera mitad del día. Se estaba muriendo de hambre y quería salir lo antes posible de ahí. Ordenó su equipo en el casillero y salió de la fábrica. A veces veía a quienes preferían comer dentro de Confox, ingerían algo en unos minutos para luego meterse sus neurovisores y perderse en el interfasma por el tiempo que les restaba del descanso. Litzzy no los entendía, no entendía como un deseo abrasivo de salir de ese lugar de mierda no les consumía el alma, ¿o la habían perdido en algún rincón del interfasma?

Cogito ergo sum

-Nydia. –se escuchó el eco digital del altoparlante instalado en el escritorio. Su nombre rebotó entre las paredes de la recepción sin producir efecto en ella. La joven escribía en el teclado con la velocidad de alguien que acostumbraba hacerlo diariamente. Sus dedos se movían con rapidez y memoria. Veía como las teclas se traducían en caracteres casi al tiempo que tomaría pronunciarlos para cuando completaban cada palabra.

El cabello largo y negro caía sobre sus hombros sin estorbarle.

El ojo proyector de la computadora estaba emplazado en la mesa, y el teclado se proyectaba suspendido en el vacío a unos centímetros de la superficie del escritorio. Había tres computadoras en el escritorio y usaba las tres. Una a la vez por supuesto. El escritorio era una parábola circundante, comenzaba a la altura de su brazo izquierdo y terminaba de su lado derecho. Era un macizo mueble de metal, pintado de negro y detallado de forma tan exquisita que distraía la vista de sus materiales fríos.

Al inclinarse para escribir, el sillón se movía y chillaba por la falta de mantenimiento. Era un sillón ejecutivo bien acolchado. La joven pasaba horas trabajando ahí, pero al menos estaba cómoda. El respaldo hacía una curva y contra curva para que permitiera apoyar la espalda de forma ergonómica.

Nydia vestía un traje negro, de estilo clásico en Nóvapor. Un saco negro de mangas ajustadas. La manga del pecho se cerraba en forma diagonal con dos ganchos rectangulares que

brillaban en matices azules, ciñéndose sobre la mitad de su torso. Debajo tenía una camisa blanca de encaje. Y bajo la cintura vestía un pantalón gris con detalles en blanco a cada lado de las piernas.

-Nydia. –se escuchó de nuevo la misma voz, pero cercana y directa.

La joven levantó la cabeza dejando ver sus ojos claros iluminarse con la luz de la recepción. Parte de su cabello se movió de los hombros y cayó delante de su pecho. Miró al hombre parado en la puerta de la oficina a su derecha.

-Señor McNamara. –contestó la joven deteniendo su trabajo en seco. –Siento que tuviera que venir hasta aquí, no lo he escuchado. ¿Requiere de mis servicios? –dijo con aire servicial.

McNamara era un hombre estructurado y rígido, de baja estatura que compensaba con su ego. Vestía con seriedad la mayor parte del día, con trajes que costaban diez veces el sueldo de un ciudadano promedio. Por extensión todo lo que poseía debía de estar a su nivel.

-El comunicador está para que puedas escucharme y contestarme sin que yo tenga necesidad de levantarme. –le espetó con mesura.

-Lo siento mucho señor, no volverá a pasar.

-Muy bien... ahora, ¿Has enviado los informes sobre recursos humanos a SupraSky? –preguntó desprendiéndose del marco de la puerta, admirando la belleza de su secretaria. Sus ojos claros, la pequeña nariz, los labios sutiles, el cabello largo.

-Los envié hace treinta minutos, señor. El señor Marshall estuvo complacido con la rapidez que usted envió sus recomendaciones y espera que cenén esta noche para cerrar el trato.

-¿Y los reportes de contabilidad de Admira?

-Están hechos.

-La reunión con Elias Roder...

-Ya la he cancelado.

-¿Has conseguido encontrar los archivos de los informes sobre el departamento de farmacología de SupraSky?

-Los he encontrado, solo me quedan catalogarlos.

-Excelente. Lamentablemente la anterior ciudadana que cubrió tu puesto era algo inepta. Y ahora tenemos que ordenar su desastre. Confío con que tú lo harás mucho mejor. ¿Qué hay del brief sobre SKD? Lo necesito para esta tarde.

-Están redactados, señor. Estarán corregidos para cuando los necesite.

La chica comenzó a acomodarse el cabello llevándolo a su espalda en un movimiento rápido.

En la mejilla izquierda tenía un tatuaje. Nydia era un sihuma Excellens, debajo del emblema de Galatea, algo más pequeño estaba el logo Excellens grabado en negro.

-Muy bien, se supone que debes informarme sobre estas cosas –expresó con tranquilidad, sabía que Nydia no demoraría en decírselo, pero así tenía una excusa para verla. Después de todo había pagado más de doscientos sesenta mil drachmas por ella. Los sihumas Excellens solo eran vendidos en las tiendas especializadas de Galatea alrededor de la ciudad. McNamara

mara la vio en uno de sus viajes a Occasus. Necesitaba un sihuma para cumplir el trabajo de secretaria. La última que ocupó el puesto era humana y tuvo que despedirla porque no podía manejar la cantidad de tareas al mismo tiempo que él y cumplir sus tiempos. Conocía a gente dentro de Galatea y sabía de la nueva línea que estaba por ser lanzada en un par de meses. Él tenía que tener uno antes que salieran. Eso fue lo que hizo. Los Excellens estaban listos desde hacía tiempo esperando por la fecha de lanzamiento. Una de sus empresas cliente trabajaba con Galatea, y lo ayudaron a ver los nuevos modelos. Recibió un catálogo por e-mail y cuando vio el sihuma, que luego llamaría Nydia, lo encargó de inmediato. Quedó hipnotizado por sus ojos verdes, su cabello negro que llegaba a tocarle la espalda baja; pechos contorneados que armonizaban con el resto del cuerpo, y las piernas largas de curvas delicadas. Lo que le quedaba horrible era el traje estándar con el que venía de fábrica. Un traje blanco ajustado, sintético.

El día que la entregaron, se encargó de mandar a hacer un cuarto en el lado de atrás, de metro y medio cuadrado. Puso un sillón cama suficientemente grande para apoyar la cabeza sin problemas. Ahí “dormiría” Nydia. Ella le costó una cantidad significativa de drachmas, no permitiría tenerla en cualquier lugar. Hasta tenía un baño propio. En la claustrofóbica habitación colocó el sillón, un clóset y una mesa en una esquina por si Nydia necesitaba guardar algo que ayudara a su mantenimiento.

-Me ordenó que no lo molestara. –contestó con obediencia, acostumbrada a ese hábito de su dueño.

-No te preocupes, ¿Has terminado de depurar los archivos de contabilidad?

Golpeando en el suelo metálico, sus zapatos hacían un sonido demasiado estridente para tratarse de mocasines. Hizo unos pasos para observar cómo iban los informes que ya habían salido. Nydia lo siguió, moviendo las ruedas de la silla sin levantarse.

-Nydia, necesito que lleves este UAM a Usdik personalmente, y se lo entregues a Niel O’Connel, solo a él. Usdik no está muy lejos, imagino que ya conoces la dirección.

-Conozco la localización de Usdik, no tomará mucho tiempo, señor. –afirmó Nydia con confianza. –¿Eso es todo, señor McNamara? -Esbozó una sonrisa y un rictus de candidez surgió en su boca.

-No, dile que son los archivos de los cuales hablamos ayer, nada más. Le dije que ibas tú de mi parte, pero ese hombre es medio desconfiado, recuérdaselo cuando lo veas.

-Sí, señor. –dijo el sihuma levantándose de su silla y volviendo a acomodarla en su lugar.

McNamara volvió a su oficina. Nydia lo contempló desde la puerta. La oficina de McNamara era casi el doble del tamaño de la recepción. Daba directamente al exterior. Desde los gigantescos ventanales se podía ver el centro de Arcadia, y a lo lejos el resto de la ciudad. Desde el piso 49 nada obstruía la visión. La torre donde estaba alojado era una de las principales en Isla Central y una de las más altas.

En comparación con el espacio de la oficina, el escritorio de McNamara parecía pequeño.

Las paredes estaban pintadas de un ocre grisáceo que dependiendo del momento del día la pintura se aclaraba u oscurecía. En el centro de los ventanales se describía información sobre las acciones de la bolsa de Nóvapor, mientras que en otro se mostraba 6 canales diferentes de noticias. Viéndolo desde la puerta, McNamara detrás del escritorio parecía el dueño de la ciudad. En numerosas ocasiones Nydia lo encontró de espaldas, examinando la ciudad, con los brazos cruzados delante del pecho, y la cabeza en alto.

Frente del escritorio había dos sillones muy similares a los de Nydia, en la izquierda había otro pero de tres plazas. Y sobre este, colgaba en la pared un cuadro magnánimo de dos metros de ancho, que rotaba entre diferentes obras artísticas. Las pinceladas se movían orgánicamente de un lado al otro, cambiando de color y formas, transmutándose en la siguiente obra.

La transferencia terminó, McNamara le alcanzó la Unidad de Almacenamiento Masivo con los datos y le repitió la importancia de estos. Nydia asintió con un ademán. Ella misma cerró las puertas de la oficina y antes de salir dedicó un segundo al cuadro colgado en la recepción. El cuadro que a ella le gustaba mirar cuando no tenía nada que hacer. Ese no cambiaba, era real, pintado en oleos. McNamara le contó que era una réplica, una muy buena, sino la mejor. Nydia prefería que la obra no cambiara, le gustaba tanto que quería que permaneciera así. Particularmente le gustaban los tonos azules oscuros del cielo, como danzaban alrededor de las estrellas que brillaban con intensidad amarilla, y la torre negra emergiendo delante de un pequeño pueblo rústico.

Recordó el UAM en su mano, lo guardó y salió de la recepción.

El entorno urbano era completamente diferente a su puesto de trabajo, y le complacía salir cada tanto, cambiar de ambiente, conocer algo más que las paredes de la recepción. La inteligencia artificial de los sihumas estaba programada para tales situaciones, después de todo los Excellens eran la perfección en simulación humana. Una Simulación Humana Autónoma. El ambiente de la oficina le gustaba, las plantas en cada esquina, la pecera en la pared a la izquierda de su escritorio; y la obra de La noche, como la llamaba ella.

Los sihumas Excellens eran los más avanzados en lo que simulación del aspecto humano se trataba, pero en su mente la mayoría de los sihumas eran iguales. Tenían programada su IA para simular el comportamiento y razonamiento del humano a través del software de personalidad, restringido por el firewall conductista. Este último se encargaba que el sihuma fuera un “buen” ciudadano.

Del otro lado de las puertas de entrada estaban las aceras. Revisó su reloj en el ángulo panorámico derecho de sus ojos, 12:45AM, el nivel inferior estaría menos abarrotado. Tomaría menos tiempo si menos ciudadanos le estorbaban. La lluvia hizo que la gente buscara refugio bajoescalera saturando su plan.

Dirección de Usdik, calle: JV93 número de edificio: G1615. La magnitud del tamaño de la ciudad hizo que las calles adoptaran valores numéricos, en bloques determinados por letras. La dirección quedaba a diez cuadras hacia el norte. Calculó que regresaría en 35 minutos.

Finalmente, emprendió el viaje. Hacia frío. No necesitaba ningún abrigo, el frío le haría bien a sus músculos. Su piel podía sentir el tacto y la temperatura gracias al Sistema de Sensibilidad Receptiva. Su cuerpo funcionaba a una temperatura semejante a la de un ser humano. Por la excepción que si la temperatura interna variaba no la afectaba. Nydia tenía conciencia del funcionamiento de su propio cuerpo. Sintió el frío del exterior vigorizante. No como un sentimiento sino como un dato más en su mente.

Estaba feliz de salir, podía realizar una recolección de datos directa en el entorno con una experiencia vívida. Lo necesitaba para evolucionar su comportamiento en situaciones que no estaba acostumbrada. McNamara no le permitía salir si no era con su consentimiento.

Notó como algunos ciudadanos la observaban, no porque fuera un sihuma, y menos porque fuera Excellens, el logo Excellens apenas era legible al pasar a su lado. La observaban porque en comparación de ellos, ella no estaba abrigada para la temperatura que hacía. Su saco no era protección alguna ante los dos grados que hacían. Tomó nota mental. Dentro de su habitación tenía un guardarropa personal. Y entre las prendas un saco largo térmico. Lo llevaría con ella la próxima vez que saliera.

Buscó más sihumas como ella, de su mismo modelo, pero no había ninguno. Muchos de ellos eran modelos anteriores. Encontró diferentes modelos de Excelsus, modelos de Iris, Nurria, David, James, Natsuki. A diferencia de los modelos Excellens que no había dos iguales, los Excelsus se dividían entre modelos estándar que se diferenciaban por sus nombres. Los modelos de un mismo nombre eran todos iguales a excepción de particularidades del cuerpo, pero sus rostros eran idénticos. Y al final estaban los modelos Cera. Modelos considerados más muñecos que sihumas. Estos eran los sihumas económicos cuya única semejanza con el humano era en apariencia. No poseían cabello, piel o cualquier otra similitud. Eran sintéticos, de color blancuzco y dentro de este modelo, todos los sihumas eran iguales.

La mayoría de ellos vestían igual, con el mismo traje estándar con el que venían de fábrica. Los modelos Cera no sucumbían al pudor de sus dueños, ya que su forma anatómica no era exactamente una simulación humana, lo que los liberaba de toda vestimenta. Ella en cambio, vestía diferente, mostraba el individualismo que caracterizaba a los Excellens. Vestía mejor que muchos de los ciudadanos que veía. Y ella era superior a todos los modelos que veía, sintió orgullo de ser Excellens.

Calculó encontrar un sihuma cada 20 ciudadanos. Basado en los que había visto en las 3 cuadras que caminó. No era suficiente para saber si era así en el resto de Isla Central o en Nóvapor.

Cada salida al exterior era una excursión para recolectar datos, para aprender. Sabía lo que significaban todas las señales, lo que significaban los mercados, lo que vendían, para qué lo vendían, para que se utilizaban. Conocía los ritos sociales de conducta y de interacción. Sabía cuándo caminar y cuando no, cuando esperar y cuando adelantarse; que decir, cuando disculparse. Conocía todo eso y no poseía recuerdo de haberlo aprendido. Estaba grabado en

su código. Recordó los primeros segundos cuando despertó, el rostro de McNamara y su rictus alegre. Él era su usuario y debía obedecerlo. Uno de los más grandes empresarios de Isla Central, alguien de un rango elevado cuya mente no era comparable con la de un ciudadano común. Alguien cuyos clientes bromeaban sobre su capacidad de pensamiento y de memoria. Nunca olvidaba nada. Lo que hacía y decía era según su rango. Y ella, Nydia, era una extensión de McNamara. La compró porque necesitaba a alguien como él... ¿Alguien o algo?

El pelo de Nydia se elevó cuando una ventisca de aire circundó alrededor de los edificios y descendió sobre los peatones. Lo sujetó intentando contenerlo. Si pudiera atarlo solucionaría sus problemas y no le estorbaría más. “Llévalo suelto, y es una orden. Pagué mucho por ti Nydia, eres única, ¿te das cuenta de ello?” le explicó McNamara. Debía admitir que nadie tenía el cabello tan largo como ella. La veían al pasar, algunos se daban vuelta, otros no. Solo humanos la veían, ningún sihuma le prestaba atención.

Dejó atrás la avenida Artemis, Usdik estaba a seis manzanas de distancia y ya habían pasado quince minutos. Su primer cálculo cambió a cincuenta minutos. La lluvia amainó y aprovechó para continuar por el nivel superior. Observar los edificios que cerraban la calle en un barranco bien iluminado. Poco sabía sobre las edificaciones o sobre a donde iba. Le bastaba con entrar a la red y enseguida sabría todo lo que necesitaba. ¿Qué relevancia tendría saberlo? Conocía todo lo que necesitaba gracias a su usuario. Los asuntos de McNamara eran sus asuntos, sus conocimientos.

Salió del flujo pululante de ciudadanos y se aproximó a la baranda de cristal en el lado interno de la calle. Abajo, los vehículos pasaban con tanto espacio entre uno y otro como los ciudadanos que caminaban. Un holograma gigantesco la atrajo a la orilla de la acera. En lo alto vio el aviso de Galatea “Sihumas Excellens” leyó primero. Eso era ella. Sin embargo, la de la imagen no era ella. “Hacemos al hombre a nuestra imagen” leyó luego. “Y lo recreamos en su máxima perfección... Sihumas Excellens”. “Recreamos” dijo en voz alta, pero nadie la escuchó. La recreación de una creación. Un producto para ser vendido. Estas ideas daban vuelta en su cabeza. Una tercera estaba por llegar, sintió su mente proyectarse en una dirección y cuando estaba a punto de conseguirlo se detuvo. Recordó a donde se dirigía y continuó su camino.

Estaba segura de que se encontraba en la dirección correcta, pero parecía no llegar nunca. Se distraía con avisos, o con los ciudadanos que uno entre tantos estaba lo suficientemente cerca para leer la palabra Excellens en su rostro y se quedaban mirándola. La hacía sentirse como un bicho entre insectos, como si fuera una araña entre hormigas. No era de la mayor preocupación, todos estaban sumidos en sus APHs, NatoOrbs o en el vacío delante de sus ojos, malabareando con sus manos. Caminó tranquila hasta que uno comenzó a seguirla.

-Eres un Excellens. –exclamó como si ella no lo supiera. Nydia siguió caminando pretendiendo ignorarlo. –¡Lo eres! –dijo luego de adelantarse un paso y mirarla con detenimiento. El chico debía de tener unos veinte años. Usaba una máscara que le abarcaba la mitad del rostro

y la sujetaba detrás de sus orejas. Era uno de esos ciudadanos que creían que el aire estaba contaminado y usaban máscaras para protegerse. Se volvieron una tribu urbana, tan populares que las principales marcas de moda comenzaron a hacer máscaras de diseño. Diferentes colores, diferentes formas. McNamara los detestaba, “lunáticos” los llamaba.

-Nunca pensé que vería uno en Isla Central. –El chico extendió el brazo para tocarla pero antes de que su dedo tocara la mejilla de Nydia, ella lo detuvo.

-Soy propiedad privada, cualquier daño que me hagas a mí, lo harás a mi usuario. –la mirada severa de Nydia hizo que el chico se encogiera de hombros, retrajera el dedo índice y el brazo.

-Está bien, ok, ya puedes soltarme. –tiró del brazo y Nydia lo soltó. El chico regresó por donde vino soltando uno que otro insulto.

Nydia continuó por su parte, cavilando en lo ocurrido. Ella era propiedad privada de alguien, y como tal debía protegerse. Dañar un ser humano estaba determinantemente prohibido por el firewall de pensamiento. La autopreservación venía después de la preservación del humano. El chico solo intentó tocarla. ¿Por qué ella actuó tan bruscamente? Con el tiempo la personalidad de Nydia se amoldó a la personalidad de McNamara. Nydia trataba a otros como McNamara los trataba. Ella era una de sus posesiones más apreciadas y no cualquiera poseía el derecho de tocarla.

Luego de 25 minutos Nydia llegó a Usdik. Un imponente edificio de 38 pisos. Blanco, iluminado por líneas holográficas que le daban un poco de vida y suavizaban la imagen violenta que era la fachada. Las únicas ventanas eran franjas negras que iban de un extremo al otro. La puerta gigante de acero de entrada equivalía a un edificio de proporciones cabalmente superiores. Apenas Nydia se acercó, la puerta se abrió por sí sola. En la recepción un cuarteto de hombres y mujeres cumplían con sus tareas detrás del mostrador. Cada uno poseía un halo holográfico que rodeaba la circunferencia de su cabeza, a la altura de sus ojos, los colores variaban y el halo crecía o decrecía en tamaño.

Las puertas de acero aislaban muy bien el vestíbulo del exterior. El silencio solo era interrumpido por las conversaciones de los diferentes grupos de ciudadanos ordenados alrededor del lugar.

La recepción era mucho más grande que la del edificio de McNamara. El piso de mármol blanco acompañaba las paredes del mismo color. La segunda mitad superior de estas estaba pintada de un azul metálico que cambiaba de forma moviéndose como si estuviera hecho de agua. Las partículas de la pintura reflejaban diferentes niveles de luz en sintonía produciendo juegos de sombras.

-¿Puedo ayudarla? –exclamó alguien desde el mostrador. Cuando Nydia se aproximó a la recepción, su interlocutor vio la marca de Galatea en su rostro, y este hizo una mueca que Nydia no supo cómo traducir. El hombre la miró esperando su respuesta. El halo azul creció en diámetro y se cerró en el APH sobre su oreja izquierda. Las arrugas de su frente se marcaron

con rigor al encarnar las cejas, y la piel se le contrajo alrededor de los ojos.

-Mi nombre es Nydia, vengo en nombre de Alexis McNamara. Debo ver al señor Niel O'Connel. –dijo Nydia con templanza.

-Espere, por favor. –contestó el hombre detrás del mostrador. Activó el APH, el halo volvió escondiendo sus ojos detrás de la pared holográfica. Giró su sillón a un lado, sugiriéndole subliminalmente a Nydia que no le involucraba la llamada. Ella escuchó cada palabra.

-Con el señor O'Connel por favor, hay un sihuma que vienen de parte de Alexis McNamara. –el sujeto se quedó en silencio, inmóvil como si fuera un sihuma él mismo.

Nydia aprovechó para seguir viendo el resto del lugar. En el muro detrás del mostrador, a dos metros de altura el logo de Usdik se proyectaba como una esfera con forma de mundo forjado de acero, y debajo decía “Usdik. Seguridad Privada”. El mundo flotaba sobre sus cabezas, girando despacio y las palabras relucían en tonos naranjas, de modo que parecían haber sido soldadas y el fuego nunca se apagó.

-Señor O'Connel –escuchó al recepcionista hablar de nuevo. –disculpe molestarlo, hay un sihuma que viene de parte de Alexis McNamara... -dejó de hablar, cuando O'Connel hablaba el recepcionista se callaba inmediatamente. –Sí, señor, lo es... -otro brusco silencio. –Ese es su nombre... muy bien, disculpe las molestias. –El halo se cerró y el sillón regresó a su posición. –El señor O'Connel la verá en su oficina. Tome el ascensor al final del pasillo derecho, al piso 37. La oficina del señor O'Connel es la puerta izquierda. –El halo se abrió definitivamente y el sujeto volvió su cabeza a la computadora escondida de la vista. –No se preocupe, las puertas se abrirán cuando usted se aproxime. –dijo al ver a Nydia vacilar.

Nydia siguió las indicaciones. Atravesó el pasillo, que al comienzo aparentaba estar mal iluminado, con el pasar las luces la seguían a donde iba. Las puertas se abrieron apenas estuvo a dos pasos de distancia. Arriba en las esquinas de las paredes, un filamento azulado recorría la distancia iluminando pobremente en su mismo tono. Nano cámaras. Las líneas cilíndricas variaban de tonalidad. Al observarlas con precisión Nydia vio que se movían cuando ella lo hacía.

En el fondo del pasillo, uno de los ascensores la esperaba con sus puertas abiertas. Una vez dentro, las puertas se cerraron y una voz le pidió que indicara el piso al que deseaba dirigirse. Nydia dijo “37” en voz alta, la voz confirmó el número y el ascensor comenzó a elevarse con lentitud. Estando sola, había espacio suficiente como para estirar los brazos y aún no bastaría para tocar las paredes. El ascensor era una caja de espejos en la cual Nydia vio su imagen reflejada infinita veces, rebotando entre las superficies opuestas. De pronto sintió estar en medio de una fila interminable de sihumas bien ordenados. Su imagen se repetía hasta perderse en la profundidad en un tamaño insignificante. El espacio claustrofóbico se expandió a los confines de la visión donde solo había Nydias. Como sihumas en un almacén.

Una imagen saltó en su memoria en un fugaz parpadeo. Lo que llegó a su mente no era parte de la memoria que obtuvo desde que fue activada hasta donde ella tenía certeza. Recordó abrir los ojos, colgada por ganchos debajo de sus brazos. Colgaba a metros de altura. Antes

de que el recuerdo continuara lo perdió. Volvió al ascensor rodeada por sus otras yo, a donde ella miraba sus otras yo la miraban. ¿Cuántas versiones de ella había? ¿Cuántas poseerían su misma personalidad? Los Excellens se suponía eran únicos.

Conocimiento y certeza, eran palabras que sus fabricantes instalaron en ella.

Las puertas se abrieron. Finalmente, pudo salir y dejar atrás el etéreo espacio del ascensor. La secretaria en el mostrador se adelantó y le señaló que O'Connel la esperaba.

Mañana y Hoy

Litzy prefirió caminar por el nivel inferior, había menos gente, hasta los gusanos quieren serenidad. El borde interior de la acera que daba a la calle era sostenido por columnas de concreto y acero. Cada una de sus caras se proyectaba un aviso publicitario vistiéndolas de colores. Las luces azuladas del techo estaban prendidas, igual que la de las bases de las columnas y el borde de cada escalera que subía a la acera superior.

Con su saco cerrado hasta el cuello, deambuló por las calles, haciéndose lugar entre la gente. El frío no cesaba. Litzy anhelaba por un lugar con calefacción, un lugar donde sentarse y no sentir sus piernas temblar incontrolablemente. Enfermarse era lo que menos necesitaba.

De regreso en Confox con el estómago lleno de un almuerzo cuyo valor no compensaba su sabor, guardó el saco y se reenfundó en su equipo. Cumplió la sentencia que le quedaba y cinco horas después, cuando el sol cayó detrás de la muralla de cristales era finalmente libre. El frío creció con el transcurrir del día. Litzy se puso su saco, lo cerró bien, y esperó su turno para marcar su salida.

El ocaso era más fresco de lo que imaginó. Todo el cuerpo le temblaba, cruzaba sus brazos sobre el pecho para amortiguar el viento. Se encargó de subir bien el cuello, hundió su boca y nariz hasta el borde del mismo.

Caminar, cruzar las avenidas, el Velox, todo de nuevo en sentido inverso, como si la realidad se basara en refracciones. Las calles parecían avivarse por la noche, en la oscuridad las luces de las ventanas contrastaban con intensidad y los hologramas se veían con mayor claridad a la distancia. La densidad de gente no disminuyó desde la última vez que salió.

El cálido ambiente de la estación del Velox la abrazó con ternura apenas atravesó las puertas automáticas. Se sentó en un espacio retirado con vista a la puerta de arriba. Uno de los avisos que colgaban en la última viga delante de ella cambió: "Su pasado a cambio de su futuro" ya lo había visto antes, un tratamiento de cambio de memoria, la idea era demasiado perfecta. Desde que lo vio por primera vez resonó en un rincón de su mente, latente... de regreso en el departamento lo investigaría mejor.

Era extraño el calor que gobernaba dentro de su edificio, resultaba acogedor. Se alivió de

haber llegado. Las luces del departamento le dieron la bienvenida ni bien entró. Fue a la habitación, se quitó el saco y lo arrojó sobre la cama. Necesitaba una ducha.

Su silueta era esbelta y las piernas bien formadas por las caminatas diarias que realizaba. La línea de su cuello delgado, subía largo uniéndose a las curvas suaves de su mandíbula, el cabello caía con delicadeza hasta la altura de su mentón, algo del cabello se rebelaba y caía cubriéndole parte de su rostro. El frío hacía que su piel se erizara. Todo lo que poseía lo tenía en el espejo. El departamento era rentado, la ropa se deterioraba con rapidez, la mayoría de las cosas que poseía eran usadas. No tenía familiares, sus padres fallecieron en un accidente y de los únicos parientes que sabía eran de los padres de su padre. Ellos vivían en alguna parte de la ciudad, nunca los vio ni habló con ellos, su padre tampoco lo hacía, así que Litzy no sabía cómo eran o que aspecto tenían. Seguramente si los llamaba le colgarían apenas le explicara quien era.

Su cuerpo delgado y blanco era toda la posesión verdadera que tenía. Era atractiva. Sabrina supo aprovechar el suyo. El de Sabrina era más voluptuoso, sus pechos el triple del tamaño de los de Litzy y sus labios más anchos.

Quería nuevos recuerdos, no esa porquería de imágenes que llegaban constantemente. Con suerte no tendría que pagar nada por ellos. Tendría un pasado nuevo y brillante, uno que pudiera recordar con gusto cuando el presente sea complicado. Olvidó buscar la información, por el momento las piernas le temblaban y los dientes castañeaban, estaba muriendo de frío, buscó refugio en la ducha cuanto antes.

Preparó una precena y la comió lentamente. Lo que había en el plato era una mezcla de carne seca y una ensalada cuyos ingredientes Litzy no lograba adivinar. Sabía lo suficientemente bien como para comerla. Cambió de canales en el óculus pero no encontró nada como era habitual. Malos programas. Alguien hablaba sobre los derechos de la clase media en Nóvapor.

Cambió de canal.

Syren apareció hablando al público en uno de sus cotidianos monólogos.

-... esto no es nuevo, cosas extrañas han ocurrido últimamente, fenómenos de naturaleza inexplicable, glitch como me gusta a mí llamarlos. Son tan efímeras y tan bien camufladas que nunca las notamos. Nunca lo hacemos, es cierto. Ocurren y pasan inadvertidas ante nuestros ojos ¿no les ha pasado? ¿Qué tal usted espectador? Si usted, el que está escuchando estas palabras ahora mismo ¿no lo ha notado? Pues si no lo ha hecho le aconsejo que de ahora en más preste atención a cualquier hecho o fenómeno cuya naturaleza no pueda explicar o no encuentre sentido. Cualquier acción que en lo más mínimo lo lleve a preguntarse “¿Por qué ocurrió?” Lo efímero, lo fútil, lo aparente no es aparente, preste sus ojos...

Cambió de canal.

<<... dentro de poco nuestra ciudad se preparará para festejar la conmemoración del nacimiento del benefactor de la ciudad, creador de los sihumas y la primera inteligencia artificial

funcional, supongo que ya adivinaron de quien se trata: Wilhelm Capec, denominado como uno de los genios más grandes de la historia moderna. Nuestro querido Will pronto cumpliría 113 años...>>

-Buscar en la red. –dijo luego, la pantalla cambió y la interfaz transformó el holograma. –Clínica-cambio-de-memoria. Busca. –describió las palabras con pequeñas pausas.

Una barra celeste se llenó en menos de un segundo y el buscador arrojó los resultados. Ninguno era el que quería, la búsqueda no era lo suficientemente precisa.

-Buscar: Nóvapor-experimento-clínica-cambio-de-memoria. Busca. –corrigió.

Luego de un par de intentos lo encontró, el laboratorio donde buscaban voluntarios para prueba de remplazo de memoria. El Laboratorio de Neurología Howard quedaba en el lado oeste, le tomaría cuatro horas llegar. Comenzaba a tener dudas al respecto, en Confox no le permitirían faltar un día, si lo hacía buscarían a alguien más que la remplace. Las inscripciones para la prueba experimental ya estaban abiertas. Se llenaba un formulando completando cuales eran los recuerdos que deseaban borrar o cambiar. Debía liberar al laboratorio y a sus médicos de toda responsabilidad en caso si ella fallecía. Ya no sonaba tan sencillo como pensó la primera vez que vio el aviso. ¿Quería seguir así por el resto de su vida, respirando el cubo cada mañana y cada noche hasta que el efecto desapareciera y debiera buscar algo más fuerte y no legal? Merecía la pena el riesgo.

La página web del laboratorio explicaba que el experimento era básicamente similar al realizado para curar a ciudadanos que sufrían de Alzheimer. Se trataba de la inserción de un chip en el cerebro, en el área del lóbulo temporal medial, dentro del hipocampo. Previamente se realizaría un escaneo del cerebro del individuo determinando como responde a estímulos provocados por recuerdos y precisando las diferentes áreas que se activan con cada recuerdo. Una inserción de nanomáquinas escanearía el hipocampo usando la información de los estímulos como mapa para luego traducir las conexiones neuronales de la memoria a recuerdos visuales en la computadora. Con esos datos, la computadora generaría una memoria artificial según el cambio que desee realizar el individuo para luego devolver los nuevos datos al chip y de ahí a las nanomáquinas, que reconfigurarían la información neuronal de los viejos recuerdos remplazando las sinapsis por los nuevos. La operación invasiva sería mínima y el paciente permanecería en observación y estudio durante la siguiente semana dentro del laboratorio como mínimo, luego un mes con controles semana a semana, y luego un año. En pocas palabras, el “individuo” se convertía en propiedad del laboratorio como conejillo de indias.

De la explicación Litzzy comprendió poco, solo lo que le interesaba saber. ¿Un mes de observaciones? El proceso era complejo y largo. Cerró el navegador y el holograma regresó al formato habitual. Con una nueva memoria, sus padres seguirían vivos, en algún lugar alejado del mundo, felices, y ella... ella no sería ella. Sería la Litzzy que se suponía debió ser. Miró el plato vacío sobre la mesa, lo cerró con la tapa y lo sacudió, no escuchó nada. Era correcto. Con pesadez se levantó de la silla y arrojó el plato por el conducto de la basura.

La mañana siguiente abrió los ojos como en cualquier otro día, apagó el despertador, el cubo siseó y se levantó para ir al baño. Se duchó con la mente en blanco, sintiendo el agua caer, crepitar contra el vidrio y su cuerpo. Adivinaba como seguiría su día, hacía esfuerzos por mantener la mente limpia. Concentró su imaginación en lo que leyó, en el procedimiento ¿Era posible, reconstruir sus recuerdos? Borrar todo lo que ocurrió. Luego de la muerte de sus padres, ¿En qué podía pensar ella? Dios... si es que había uno, le arrebató a su familia siendo aún una niña. ¿Eso debía seguir ella? ¿Una religión que la llevase a la miseria? ¿Existía un dios? Era una pregunta acostumbrada en Litzy, que dejó de hacerla cuando se convenció de que no lo había. En ocasiones deseaba que existiera para poder romperle la nariz y agradecerle por la vida de mierda que le dio.

El temporizador de la ducha terminó y cortó el circuito. El agua permitida para ducharse se acabó y Litzy ni siquiera llegó a lavarse el cabello. Qué más daba, lo arreglaría luego. Se había distraído viendo el vacío, pensando, hasta ahí había llegado su mente en blanco.

Por suerte el frío mostró su lado misericordioso con cinco grados esa mañana, Litzy tenía el saco ajustado hasta el cuello y aún así se filtraba el frío. El viaje transcurrió normal, detestable y aburrido.

-Litzy. –escuchó a alguien llamándola luego que bajara de la estación.

Miró hacia a tras, pero no vio a nadie que se dirigiera a ella, era un muro de rostros en movimiento. Nadie parecía mirarla. Continuó caminando pensando que fue un juego de su mente.

-Litzy, espera. –de nuevo la voz la llamaba.

Se detuvo, nadie le prestaba atención, estaba segura de escuchar su nombre. Alguien debía de estar jugando con ella. Intentaban asustarla.

-Litzy...

La voz tocó su hombro y ella se sacudió de espanto.

-Tranquila, mi nombre es Andreus, trabajo contigo en Confox ¿Me recuerdas?

-Si... -dijo luego de pensar un momento. –trabajas al final de la mesa. –el joven asintió con la cabeza.

-Intentaba llamarte, pero la gente me dejaba atrás. –dijo Andreus con aire cortés.

-¿Cómo sabes mi nombre? –le inquirió Litzy mirándolo con recelo. Ella no conocía el nombre de la mayoría de los que trabajaban en su ala y menos los que trabajaban al final de la línea.

-Sé el nombre de todos en nuestra ala. –sus pómulos se tensaron, comprendió el atrevimiento que fue llamarla por su nombre. –Es importante saber los nombres de con quienes se trabaja. –agregó después para salvarse a sí mismo, y no era mentira, él sabía los nombres de todos.

Andreus sonreía con sutileza, como acostumbraba. Era un poco más alto que Litzy y unos años mayor. Parecía ser el tipo de ciudadano que estaba todo el tiempo relajado y al notarlo Litzy lo envidió. La forma de sus hombros caídos, como se inclinaba al hablar, y los rasgos

afables que adquirirían sus expresiones. Tenía puesto uno de los sacos metamorfos, mutaba de negro a rojo, un grupo de líneas verdes se entrelazaban entre sí recorriendo desde el borde de las mangas hasta los hombros, como si un árbol creciera de sus manos y recorriera sus brazos. Las líneas se movían con gracia, ondulando como olas.

-Siento haberte asustado.

-Está bien, no tienes que disculparte, no ha sido nada. –dijo Litzy retomando el paso.

-¿Te importa si te acompaño? En definitiva, vamos al mismo lugar. –se aventuró a preguntar.

-Está bien. –sin más que decir, todas sus respuestas eran iguales. Mentía lo mejor que podía y no lo estaba haciendo bien.

-Luego de trabajar tanto tiempo en el mismo lugar, nunca hemos cruzado palabra.

Litzy permaneció en silencio, no tenía nada que aportar ¿Por qué contestar? Era cierto, nunca cruzaron palabra, Litzy apenas recordaba habérselo cruzado en Confox.

-¿Vives muy lejos de aquí? –pregunta sencilla y directa, fácil de responder.

- No, al este de Arcadia. –contestó a secas. Ya no sabía que señales hacer para que Andreus entendiera que no deseaba conversar, todo lo que quería era tener un trayecto tranquilo, sin estímulos.

Litzy recorrió el nivel inferior de la acera sin prestarle atención donde iba Andreus. Andreus se disponía a subir la escalera hacía el nivel superior, viendo que Litzy continuó por abajo, regresó y apresuró el paso para alcanzarla.

-¿Siempre caminas bajo-escalera? –le preguntó con su gran sonrisa. –Siempre pensé que arriba es más interesante, puedes ver los avisos...

-Hay demasiados ciudadanos. –interrumpió Litzy.

-Comprendo. –dijo sin comprender.

-¿Puedo preguntarte algo? –dijo Litzy después de que caminaron toda una manzana sin dirigirse la palabra.

-No hay problema. –la emoción lo sobrecogió, pero pretendió actuar con naturalidad.

-¿Qué te mantiene en este trabajo?

-Es el único que hay por ahora. –reflexionó el joven que retenía sus pasos para no dejar a tras a Litzy. - supongo que es redundante si me gusta o no. –agregó luego.

-Lo pondré de otra manera, ¿Toleras tu trabajo? –dijo mirándolo con la boca escondida en el cuello del saco. Su voz salió sopesada.

-Sí, puedo tolerarlo –dijo sonriendo, Litzy lo miró sorprendida. –No es difícil, ajustamos las piezas que nos tocan y listo. Debes pensar que lo que nosotros hacemos debe estar en alguna parte de la ciudad caminando, ayudando a hacer la ciudad más segura. –dijo con orgullo.

-¿Usas un Pandora? –le inquirió Litzy, solamente con Pandora el trabajo merecía esa descripción.

-De hecho, tengo uno, pero no lo uso todo el tiempo.

-¿Qué número?

-7, ¿Tú?

-3... ¿Cuánto hace que lo usas?

-Un año creo, pero solo lo uso en ocasiones que lo necesito. ¿Tu cuantas veces lo usas?

-Todos los días desde que estoy en Confox.

La siguiente pregunta desapareció de la boca de Andreus.

-No es recomendable usarlo tanto tiempo prolongado. –afirmó con preocupación.

-El cubo es mío, así que supongo que puedo usarlo las veces que se me dé la gana... ¿Nunca has pensado dejarlo?

-¿El Pandora?

-Confox.

-No es tan malo. –dijo adivinando donde iba la conversación. -Tenemos seguro, y pago de horas extras... además debo encontrar uno antes si quiero dejar este, y no es sencillo encontrar trabajo en esta ciudad. Por ahora trabajo como publicista con un socio, para ganar algo extra. Solo dejaría este si consiguiera entrar en una de las agencias de Isla Central.

No volvieron a hablar en todo el viaje, el desinterés que emanaba Litzzy contrajo la voluntad de Andreus por sacarle más palabras a la chica. Llegaron a Confox como extraños, hicieron la fila y comenzaron la rutina diaria.

Marcaría sus huellas digitales, y leerían su cabeza como si su trabajo ya estuviera escrito en su ADN; en el casillero con su nombre garabateado en luces dejaría su saco y el resto de las pertenencias, esperaría la llamada de comienzo de turno y cuando ocurriera asistiría a su puesto, no sin antes pasar por la cámara de esterilización. Una vez sentada, las piezas saldrían y se pondría a armar tantas como podía en las primeras cuatro horas, luego almorzaría para regresar y continuar con otras cuatro horas de armado. El turno terminaría y de nuevo marcaría sus huellas biométricas y se iría a su casa con el cuerpo dolorido y el cansancio de un sihuma oxidado. Aún faltaban tres ciudadanos para marcar su entrada y ella ya había visto todo su día.

Al menos el comienzo de la tarde fue tranquilo. Encontrar a Andreus debió de producir algo en ella porque las horas pasaron rápido. Elevó los ojos hacia él y lo sorprendió observándola. Inmediatamente que cruzaron sus miradas Andreus desvió su cabeza y pretendió continuar con su labor, cabeceando a un tempo repetitivo. ¿De verdad escuchaba música? ¿Lo tendría que soportar de ahora en más? Lo miró de nuevo, Andreus ya no miraba en su dirección, hacía su trabajo cabeceando maquinalmente como lo hacía antes, despreocupadamente, haciendo expresiones debajo de la máscara. Los que estaban a su lado trabajan en la misma posición, con la espalda recta, moviendo las manos y los ojos, pero no movían la cabeza, alguno movía una ceja en señal que un pensamiento se devanaba dentro de su mente pero eso era todo.

El descanso finalmente llegó, el estómago rugía como los aeromotores de los rapax viejos. Guardó su equipo en el casillero y la tentación la empujó a ver en dirección al casillero de Andreus. Él guardaba sus guantes quitándoselos con cuidado. Con la mano descubierta se

quitó algo de detrás del oído derecho y se lo guardó en el bolsillo <<Así es como escucha música.>> dedujo Litzy. De pronto, Andreus giró hacia su lado como si supiera que lo estaba viendo, le sonrió y Litzy con nerviosismo regresó la vista al interior de su casillero.

Los carteles que rodeaban las paredes les informaban a los empleados que saldrían, que en el exterior estaba lloviendo y les recomendaba utilizar un paraguas. El edificio era tan sólido que no se escuchaba la lluvia caer en la calle. Un poco de lluvia no detendría a Litzy, pensaba salir y eso es lo que haría. Buscó su paraguas en el casillero, encontró la pequeña esfera plateada en el rincón inferior. Hacía mucho que no la usaba, aún le quedaba energía.

Una delgada pero constante lluvia caía de lado, guiada por la dirección del viento arrinconada por los edificios. Tal vez no llovía demasiado, pero fue suficiente para que muchos prefirieran almorzar dentro de Confox. Ella no, Litzy ya estaba afuera y no volvería hasta que acabara su descanso, sacó el paraguas del bolsillo, al activar la esfera esta levitó sobre su cabeza y desplegó una cúpula de energía que la protegió del agua. A donde iba, el paraguas la seguía siempre sobre su cabeza.

Le encantaba cuando llovía, las aceras se alivianaban de gente y ver las caras miserables bajo los paraguas la hacía un poco más feliz a ella. El nivel bajo-escaleras de seguro estaba saturado, ni pensar en bajar, caminaría por el nivel superior, cambiaría de restaurante, esta vez iría a otro, a dos manzanas de distancia había uno que hacía tiempo no visitaba.

Subió cinco pisos hasta el restaurante. El interior del local era limpio y sobrio. La inteligencia virtual se apareció enfrente de ella.

-Bienvenida a Columbia, mi nombre es Ana, ¿Desea ocupar una mesa?

-Una mesa para uno. –le detalló Litzy.

-Un segundo, por favor. –medio segundo después. –Hay una mesa contra la pared izquierda, al lado del ventanal, es cómoda y podrá ver los óculus con facilidad. ¿Desea ocuparla?

-Si, por favor. –dijo educadamente.

-¿Cómo es su nombre?

-Litzy.

-Sígame señorita Litzy.

La IV adoptó un cuerpo completo con el uniforme del lugar. Blanco con vetas azules. Guio a Litzy entre las mesas. El lugar estaba lleno y el bullicio era fastidioso. En cualquier parte que decidiera comer el ruido sería fastidioso. No dijo nada y siguió a Ana. Tuvieron que caminar veinte metros hasta que Ana le señaló su mesa. Una mesa redonda y pequeña, con el nombre Litzy flotando en el centro. Proyectado desde un anillo de diez centímetros de diámetro en el centro de la mesa, que hacía a su vez de lámpara y visor holográfico.

-El menú aparecerá enseguida en el anillo, ordene lo que desee presionando en la lista, gracias y buen provecho. –explicó Ana diserta, le ofrendó una sonrisa alegre y desapareció enfrente de Litzy.

Litzy dejó el saco sobre el respaldo de la silla y se sentó. Estiró el cuello para ver la calle,

la altura no se lo permitía, en cambio, veía algo de la ciudad o casi nada, los edificios del frente le obstruían la vista. Un aviso holográfico gigante cubría la mayor parte de su panorama. El emblema de Galatea fue lo primero que distinguió. “Hacemos al hombre a nuestra imagen” leyó Litzzy las magnánimas letras del aviso. Recordó en su mente: <<“... conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados sobre toda la tierra...”>> olvidó como terminaba. En el internado le tocó estudiar cristianismo. La sencillez del versículo le permitió recordarlo pero ya no tenía idea donde encontrarlo dentro del libro.

Debajo del título del aviso estaba la imagen de una chica joven sonriendo, extremadamente bella. “Y lo recreamos en su máxima perfección... Sihumas Excellens” Continuó leyendo, con la firma gigante de Galatea en la parte inferior del aviso, y el eslogan “Doblegando límites”.

Se dio cuenta de que aún no había ordenado, el menú lo tenía enfrente de ella, proyectado desde el centro del anillo. Buscó, ¿qué le apetecía? ¿algo de carne? Si no comía algo de en serio se desmayaría en medio de la tarde. Seleccionó un lomo de pollo ahumado con papas cilíndricas a la crema, el menú desapareció dejando el mensaje: “Su pedido llegará en un momento”.

Si pudiera se compraría un sihuma igual a ella para que trabaje en su lugar. No era mala idea, podría dormir hasta tarde y descansar el resto del día mientras el sihuma trabajaba ensamblando piezas en el lugar que le correspondía. Pero los sihumas costaban demasiados drachmas. Solamente los modelos anteriores costaban cien mil drachmas, los últimos probablemente costarían el doble. Y en la calle los sihumas estaban por todas partes, muchos podían comprarlos pero no ella. A ella ya la convirtieron en máquina, una máquina no podía poseer a otra máquina. Se tocó el corazón. Continuaba latiendo.

Una de sus piernas empezaba a entumecerse, cruzo las piernas de forma opuesta a la de antes y reposó la cabeza en sus manos. El ruido... deseó que todos se callaran, pero era probable que la tiraran por la ventana antes de hacerle caso. Algo tan sencillo como el silencio era muy difícil de conseguir.

-¿Qué harás Litzzy? –se preguntó. –óculus. –ordenó y el anillo obedeció.

-... ha sido un tema de suma controversia los ecos que hemos estado viendo alrededor de la red. –dijo el conductor. -Los llamados glitches han ocurrido desde hace años, estas insignificantes alteraciones que ocurren y luego desaparecen. Algunos creen que son solos bugs de los servidores más antiguos que hacen eco alrededor de la red, otros piensan que se trata de un hacker Anceps, y otros creen que se trata de aliens recolectando información para una futura invasión... –todos rieron desahogados junto al conductor que golpeaba la mesa y se sacaba las lágrimas de los ojos con el dedo índice.

Su almuerzo llegó y lo devoró en segundos. Las preceñas no tenían comparación con los platos que comía en el almuerzo. Pasaba días de porquería trabajando, lo menos que podía hacer era darse el gusto en el almuerzo. Se tomó el vaso entero de agua cuando hubo acabado.

Estaba llena, serviría para mantenerla funcionando por el resto de la tarde.

Pagó marcando su huella en el anillo, y confirmándolo cuando una ventana emergente le preguntó si quería concluir la transacción. Agarró el saco de un manotazo y salió corriendo del local recordando que hora era.

Ya había dejado de llover y las calles estaban invadidas. Con toda cordialidad se fue haciendo espacio entre los ciudadanos. Cada tanto tropezaba con alguien. Se llevó por delante a una chica que casi hizo que Litzy cayera al piso.

-¡Perdón! –gritó a la extraña, sin verla.

Corría de regreso a Confox, lo detestaba y corría para no llegar tarde. La necesidad la empujaba. Lo que ella quería, lo que cualquiera quería no importaba, lo que importaba era la necesidad, era toda la motivación que existía. A donde iban, lo que hacían. La necesidad de sobrevivir, la necesidad por un trabajo mediocre.

El estómago se le revolvía al correr, se detuvo antes de que vomitara, al salir el almuerzo no tendría la misma apariencia o el mismo gusto. En cinco minutos llegaría, eran las 12:50PM, quedaban 10 minutos para el comienzo del segundo periodo. Se apresuró tanto que olvidó que estaba a dos manzanas de distancia.

Litzy cerró el casillero aliviada de haber llegado a tiempo. Acabó de prepararse y se dirigió al pasillo que daba a la cámara de esterilización. Se sentó en su lugar a esperar la llamada. La mayoría de sus compañeros ocupaban su lugar. Andreus movía la cabeza como siempre, con las manos en su nuca se inclinaba en la silla. Al menos no la siguió cuando salió.

El turno terminó, la noche era más oscura que de costumbre y la tormenta amenazaba con continuar lloviendo en cualquier momento. En la estación del Velox, Litzy logró posicionarse al comienzo de la fila. Con un poco de suerte conseguiría sentarse y descansar un poco. Los avisos de los Excellens ya estaban por todas partes. Y los ciudadanos se reunían a su alrededor para verlos. 19:25PM, el tren no demoraría en llegar.

Efectivamente, encontró un lugar donde sentarse, acurrucándose entre una mujer mayor y un hombre con sobre peso.

Deseaba que el viaje fuera eterno, pero que acabara lo antes posible. Por unos minutos se quedó dormida.

Tenía miedo de volverse a dormir y acabar en Nereos, al final del recorrido. El resto del viaje pasó pellizcándose la pierna cada vez que los ojos se le cerraban. Para cuando llegó el Velox a su parada eran las 8:30PM. La oscuridad del cielo era perpetua. Algunas gotas caían perdidas entre la niebla que nublaba las calles.

Bajó de la estación tambaleándose. La acompañaban más de cien ciudadanos que se bajaron con ella. El tren continuó su recorrido con el zumbido de las vías. Ella se encaminó hacia el departamento. Otros veinte minutos más para llegar. Olía el pavimento mojado, y el vapor que se desprendía de la acera la sumergía en una perspectiva onírica. A la distancia la visión no llegaba a los cien metros gracias a la niebla. Un sihuma C20 pasó a su lado y le

sonrió tranquilamente. Litzzy lo miró pasar, a los ciudadanos les gustaba verlos caminar, se acostumbraron a su presencia y perdieron el miedo a volver a sus casas por las noches. Los sihumas de vigilancia demostraron ser útiles. Y había algo que ponía insegura a Litzzy, un minuto después miro a su espalda pero el sihuma se perdió entre la niebla y la gente. Sondeó los rostros, algo la ponía nerviosa, humanos y sihumas se adelantaron continuando su recorrido. ¿Sería un efecto secundario del cubo? Una gota chocó contra su frente. Pretendió olvidarlo y continuó caminando.

-Litzzy. –alguien llamó.

Cogito

Las puertas de la oficina se abrieron solas con maquinales generosidad, como había sido todo en el edificio. Nydia no tuvo que levantar los brazos en ningún momento. La imponente oficina ocupaba toda la esquina noroeste del edificio. Una ventana de metro y medio de alto recorría los muros ininterrumpidamente.

-Pasa, por favor. –sugirió el hombre que Nydia identificó como O’Connel. Un hombre de cuerpo relleno, brazos cortos y una frente amplia. Su cabeza era tan calva como su edificio. –Vienes de parte de Alexis McNamara ¿no es así?

-Sí, señor. –confirmó Nydia caminando con recelo, sondeando a O’Connel mientras este se levantaba de su escritorio y se acercaba a ella. –Alexis McNamara me envió. –recordó que O’Connel podía ser desconfiado. –traigo un UAM para usted. –Se disponía a sacarlo del bolsillo del saco cuando O’Connel extendió la mano para saludarla y presentarse. El protocolo programado en su mente la obligaba a responder la cordialidad con cordialidad. O’Connel apretó suavemente su mano. Parecía un hombre afable, las orejas cortas y la forma de su cabeza le daban un toque cómico a su apariencia. Se mostró contento con el saludo; sin soltarle la mano, tiró un poco de ella para verla más de cerca.

-Eres un Excellens ¿No es así? –inquirió sondeándole el rostro, leyendo el emblema.

-Eso es correcto, señor.

-Esplendido, Alexis me comentó que era increíble. –soltó su mano y el cuerpo de O’Connel se relajó. –Tenía que verlo por mí mismo... Supongo que ya puedes entregarme lo que tienes para mí. –dijo de espaldas al alejarse unos pasos.

-Aquí está. –Nydia lo sacó del bolsillo con cuidado y se lo entregó.

-Ah. – exclamó O’Connel, -Debes decirle a Alexis que ha hecho un gran trabajo. –regresó hasta su escritorio y enchufó el UAM en un cilindro que se lo tragó para destruirlo una vez copiada la información. Nydia supuso que ya no podría pedirle que se lo devolviera. –Nydia... ¿Lo eligió Alexis ese nombre? –con la información segura y el UAM destruido, volvió

hacia ella.

-Sí, señor. Mi usuario, el señor McNamara, lo eligió en el momento de mi activación. Todo usuario tiene el derecho de elegir el nombre de su sihuma.

-¿Tienes idea de donde lo ha sacado? –dijo sonriendo como si hubiera una historia detrás de su nombre.

-No lo sé, señor. El señor McNamara nunca me lo ha dicho.

-Bueno, Nydia, ya tengo lo que has traído. Eres de gran utilidad por lo que me ha dicho Alexis.

-Lo soy, señor. ¿Hay algo más en que pueda ayudarlo?

-Sí... ¿Puedes quitarte la ropa? –pidió pausando los espacios de su pregunta.

-¿Señor? –inquirió Nydia.

-Me gustaría examinarte mejor. Verás, estoy pensando comprar un Excellens y me gusta examinar lo que voy a comprar previamente para saber que vale lo que cuesta. Y encontrar un sihuma Excellens en Isla Central es prácticamente imposible. Creo que tú debes ser la única en toda la isla. Después de todo fue mi idea que Alexis te enviara, así podía verte de cerca.

-Por supuesto, señor. –Accedió Nydia. Desnudarse era una actividad regulada por el firewall de comportamiento. Bajo condiciones normales estaba prohibido. Sin embargo, la petición de O'Connel era lógica y poseía la aprobación de McNamara. Estaban ellos dos solos en un espacio confinado. De haber sido en público la respuesta hubiera sido negativa sin importar las condiciones.

Sin mirar sus manos Nydia comenzó a quitarse el saco con movimientos maquinales. Primero los broches del frente y luego los de las mangas en sus brazos. Lo hacía con pulcritud, el saco como ella eran propiedad de McNamara. Debía de hacerlo con cuidado. Movié el brazo, retrajo el hombro deteniéndolo con exactitud en una posición en la cual el brazo saliera limpiamente. Una vez que se quitó el saco dudó un segundo en donde depositarlo.

-Aquí, yo te lo tendré. –le sugirió O'Connel. Nydia se lo alcanzó y él lo estiró en su antebrazo derecho para luego colgarlo en el respaldo de la silla.

Nydia continuó con los zapatos. Los dejó a su lado, los dos juntos. Lo hacía con seguridad, parecía calcular la posición de donde los dejaría antes de hacerlo. Presionó el botón del pantalón y este aflojó la medida de la cintura. Se los quitó, los dobló y O'Connel le extendió el antebrazo para que los colgara. La parte inferior de su cuerpo quedó desnuda. La entrepierna era un nexo de las extremidades, llana como cualquier parte de su cuerpo. Los sihumas no tenían necesidad de órganos sexuales.

Solo le quedaba la camisa puesta. Tuvo cuidado al quitársela pues la tela podía rasgarse si hacia la suficiente fuerza, era de ceda de araña, importada directamente de China. La plegó con pulcritud y la extendió a O'Connel.

El cuerpo desnudo de Nydia era perfecto, la piel lechosa simulaba un leve bronceado natural. Sus senos eran un poco más grandes de lo que se esperaría por la forma de su cuerpo.

La ausencia de pezones ayudaba a la monocromía pálida del torso. El cabello largo, negro contrastaba con el cuerpo y parecía brillar cuando era tocado por la luz directamente. Sus ojos verdes, su rostro de rasgos germánicos, su mentón redondo y sensible. O'Connel la miró cavilando en el tiempo de diseño y fabricación que un Excellens podía requerir. Lo sihumas de Galatea siempre dominaban la vanguardia.

-Extiende el brazo. -le ordenó. Nydia obedeció y lo extendió hacia él.

O'Connel lo tocó como si tocara el chasis de un vehículo deportivo nuevo. La piel era suave, pero no demasiado como para mantener su textura real. Apretó los músculos, sintiendo la anatomía humana. Tanteó con los dedos, encontró los músculos extensores y flexores, bíceps, tríceps, etc. El brazo era una maravilla de ingeniería que simulaba a la perfección al ser humano.

El chico de la calle, el que tenía la máscara, él intentó tocarla por curiosidad y Nydia no se lo permitió, lo agarró del brazo antes que pudiera hacerlo. Él solo sentía curiosidad, algunos ciudadanos no verían un Excellens en años. En cambio, O'Connel con la autorización de McNamara le pidió que se quitara la ropa y ella lo hizo sin dudar. Nunca antes había estado tanto tiempo desnuda.

-La textura de tu piel ¿Sabes que material es? -rozaba la mano sobre el brazo sintiendo los poros, cada diminuta arruga y los cortos y casi imperceptibles vellos.

-No poseo esa información, señor. Galatea mantiene en secreto la mayoría del proceso que implica nuestra construcción. -O'Connel era unos centímetros más bajo que ella. Debía inclinar un poco el cuello para poder verlo.

-Por supuesto. La piel es resistente...

-Como la piel humana. -contestó Nydia. -Estamos hechos para durar 50 años.

-Es increíble. Los lunares como los que tienes en los brazos o en el pecho, ¿son parte de la configuración o alguien los pinta cuando ustedes están terminados? -preguntó con legítima curiosidad. Frunció el ceño imaginando a alguien con un pincel pintado diferentes lunares en los sihumas. Dedujo que la pregunta resultó algo estúpida.

-No, señor. -respondió Nydia con aire amable. Hubiera reído de no ser que O'Connel podía ofenderse. -Es parte del proceso de recubrimiento de la piel.

-Es cierto. Ahora, Nydia me gustaría saber porque tienes ombligo. ¿Es acaso que Galatea los hace en incubadoras?

-No, señor. Estudios realizados por Galatea arrojaron que la existencia del ombligo es fundamental para la ilusión humana.

La curiosidad de O'Connel seguía sin saciarse. Hizo varias preguntas más a Nydia, le ordenaba que se moviera y ella obedecía, levantaba el brazo, movía el pie, o miraba a la derecha y luego a la izquierda.

McNamara se lo ordenó y su voluntad fue la voluntad de su usuario. Ciertamente Nydia no era posesión de Nydia. <<¿Entonces que es Nydia?>>

-Dime Nydia, ¿Recuerdas cuando fuiste ensamblada? Tengo curiosidad de como hace Galatea para armarlos.

La misma imagen de antes llegó a su mente. Colgada en el vacío.

-No. –contestó antes de que O’Connel le repitiera la pregunta. –Poseemos conciencia desde el momento que somos activados.

-Es cuando abren los ojos por primera vez.

-Sí, señor.

Nydia permanecía en silencio. Los archivos del UAM eran archivos importantes que su usuario generalmente llevaba él mismo a sus clientes para asegurar su integridad y que sean entregados al ciudadano correcto. No cuestionó por qué la envió a ella pero ahora lo entendía.

A medidas que O’Connel la examinaba no dejaba de mencionar lo excelente que era su fisonomía. Examinó sus brazos, su cabello, su abdomen y su rostro. La miró de cerca, sosteniéndola del mentón movía su cabeza despacio.

-Nydia, ¿Qué capacidades poseen tus procesadores? –dijo explorando sus ojos como si intentara ver el interior de su cabeza.

-El procesador cuántico inconsciente es de diez qubits y el procesador consciente de un petabyte.

-Debo decir que eres la alegoría física de Galatea misma. Y Alexis te viste con trajes finos, propios de tu categoría, o mejor dicho, la de él. Ten, puedes vestirte. Alexis dijo que has costado más de doscientos mil drachmas. –le alcanzó el pantalón y a medida que Nydia se vestía O’Connel le alcanzaba la siguiente prenda.

-Es cierto, señor. La apariencia de cada Excellens es diseñada individualmente para que no haya dos iguales. Una computadora arma las configuraciones físicas y las combinaciones de mis cualidades físicas fueron consideradas especiales.

-Hizo bien en comprarte, no creo yo que consiga un síhuma como tu Nydia. Debería ser tu foto la que esté en los avisos. Apostaría que Galatea los vendería enseguida.

Nydia no supo qué responder. Terminó de vestirse. El saco le sentaba muy bien.

-Pensar que yo lo he ayudado a conseguirte. De haber sido inteligente ahora serías mía. –rio mientras por dentro pensaba una cifra que ofrecerle a McNamara por ella.

-El señor McNamara es un hombre inteligente. –afirmó abrochándose por último la manga de su brazo derecho.

-Lo es... Nydia, tú administras todos sus trabajos ¿No es así? –dijo luego que Nydia acabara de vestirse.

-Sí, señor. Al menos la mayoría.

-Y si yo te preguntara algo sobre él y te pidiera mantenerlo en secreto ¿Estarías obligada a reportárselo?

-Dependiendo de la materia de la pregunta, señor.

-Si se tratara sobre el trabajo de Alexis.

-Toda información es confidencial, señor.

-Lo comprendo. —chasqueó la lengua y aspiró largamente. —No tiene importancia, olvida que lo he mencionado ¿O debes reportarle que te he preguntado si tienes que reportarle?—rio ante la broma, que dentro de él esperaba que fuera tomada como tal.

-No, señor. No hay necesidad de mencionar que usted ha preguntado.

-Lo que si puedes decirle, es que me has convencido, mañana mismo encargaré un Excel-lens para mí. Eso sí, deberá ser al menos cinco centímetros más chico que tú. Y por favor, al salir no lo menciones en voz alta, me temo que tendré que reubicar a mi secretaria en otro cargo en la empresa. Puedes irte Nydia y extiende mis agradecimientos a Alexis.

-Me alegra haber sido de utilidad, señor.

La puerta se cerró con un estrepitoso golpe metálico a su espalda al salir a la calle. De nuevo en el exterior, el movimiento creció en el tiempo que estuvo ausente.

Las nubes continuaban amenazando con soltar de nuevo su manto cristalino sobre Isla Central. El vestíbulo exterior de Usdik la protegía del gentío. Antes de hacer un paso sobre la acera revisó los botones de su saco, que todo estuviera en su lugar. Acomodó el saco estirando algunas arrugas que quedaron alrededor de sus hombros. Estiró el cuello de la camisa que había quedado doblada debajo del último botón. Extendió su cabello a su espalda. Con el dedo índice y el anular, rozó con suavidad la marca de Galatea en su mejilla. Estaba pintado en la piel sin alterar su textura. No podía diferenciar entre la piel y la marca.

Emprendió el regreso. Una hilera de MeVs sobrevolaba a varios metros de altura. Los mensajeros virtuales ayudaban a ciudadanos a salir a la calle sin salir de sus casas. Levitaban contrarrestando la gravedad a una altura segura y descendían al llegar a su destino. Uno pasó al lado de Nydia, se detuvo en la puerta y cuando esta se abrió, entró. Lo observó perderse al otro lado. Enviar un MeV era menos significativo que enviar un sihuma y menos personal. Ella como propiedad solo era importante en cuanto lo fuera para su usuario.

¿Cuál sería la pregunta que quiso hacer O'Connel? Prometió que no diría nada al respecto. No siguió pensando en ello.

Caminó entre la gente, recapitulando como fue estar desprovista de vestimenta. El hombre llegaba al mundo desnudo y su creación también. Parecía apropiado.

Se encontró en la esquina al final de esa idea. El semáforo en rojo obstruía su camino hacia McNamara, el otro le ofrecía una dirección alternativa. Señalándole el camino con sus anillos verdes en lo alto, y las barras peatonales brillando en el piso. La invitaban a seguirlo, a mezclarse con los ciudadanos que seguían esa dirección.

Un paso, el cambio comenzaba con un paso. Nydia se equivocó, el cambio comenzaba con el pensamiento. Intentó pensar, pensar en el movimiento que requería hacer su pierna para cambiar. Sus músculos no se movieron. Una onda expansiva de ruido chocó con su mente, una interferencia que hizo temblar sus manos. El resto de su cuerpo no se movía. El holograma estaba a punto de cambiar. Ya no poseía control de su cuerpo, se dobló y el cabello le

cubrió el rostro. Con la poca conciencia que le quedaba extendió una mano hacia el anillo. La luz cambió, estalló el color rojo en el semáforo y el flujo de ciudadanos permutó.

El ruido en su mente desapareció, se irguió y retomó su camino de regreso. Las ideas desaparecieron. Sus pies se movían en una sola dirección ahora. Nydia pensó en el tiempo que tomaría llegar. Catorce minutos más y estaría sentada en su sillón, trabajando. Cumpliendo con la labor por la cual fue programada. Nunca se perdería de vista de McNamara. Él podría rastrearla desde su computadora y conocer su ubicación en menos de un minuto, a donde fuera que vaya Nydia, McNamara siempre sabría dónde está. Entonces ¿Cuál era el motivo? Ninguno, solo deseaba regresar. Le quedaba trabajo para el resto de la tarde. La visita a Usdik se extendió más de lo que había planeado con la petición de O'Connell. ¿Quién mejor que ella para comprobar que los Excellens eran perfectos? Ella era única, ella era...

Alguien atropelló a Nydia. La llevó por delante sin que se diera cuenta, la extraña miró hacia atrás, se disculpó y continuó corriendo. Nydia ya no se pudo mover. El tiempo se detuvo. Los ciudadanos se paralizaron a su alrededor y la única que se movía era la extraña. Tropezando, mirándola con ojos perdidos para continuar corriendo lentamente. La extraña la atropelló, la extraña la miró, la extraña era igual, la extraña era ella.

El ruido se propagó por toda su mente en un dolor punzante que atravesó su cabeza. Sus manos volvieron a temblar con vehemencia. La imagen de la extraña se repetía una y otra vez en su mente, pixelando la escena al enmarcar el rostro de la chica. No era real... ¿Qué era ella? La mente se nubló de preguntas saturando sus procesadores con interferencia. Un efecto que podía ser llamado desesperación se inyectó en cada uno de sus pensamientos.

Excepto por el cabello corto la extraña chica era idéntica a ella, reconocía su misma presencia. Su mente comenzó a bifurcarse al buscar recuerdos que no existían. La vida a su alrededor se extinguió, existiendo la imagen y Nydia. Cuando sintió su mente a punto de fundirse el tiempo regresó. Todo a su alrededor cobró vida nuevamente. La extraña desapareció en la multitud.

Nydia se recobró y cambió la dirección de su recorrido en 180 grados. Fue detrás de la extraña o al menos intentaría alcanzarla. Corrió en la epifanía que era la primera vez que lo hacía. Corría con la naturalidad de una ciudadana madura. Corría tan rápido como se lo permitían. Estiraba el cuello para ver sobre la multitud. Buscaba la misma chaqueta a lo lejos. No debería estar lejos. Se llevaba por delante a todo aquel que no le permitía pasar o no la escuchaba pidiendo paso. Cruzó por la senda del nivel superior a la acera opuesta. Desde el puente alcanzó a ver la joven extraña en la esquina, corriendo como hacia ella. La chaqueta era vieja y la delataba con facilidad. Nydia se apresuró para alcanzarla. Dobló en la esquina. La perdió de nuevo. Buscó entre la multitud. El ruido de la plebe, los avisos que hablaban, el zumbido de los vehículos transitando; los MeVs y los rapax de vigilancia sobrevolando saturaban su cerebro, era más información de la que podía procesar. Comenzó a perder la sensación de su cuerpo. Ya no sintió el piso bajo sus pies. Se sintió desnuda con la ropa aún puesta. Estaba perdiendo la información sensible de su cuerpo para redireccionar sus procesos cognoscitivos

y reorganizar la saturación de información que su cerebro recibía.

Caminó una cuadra por sinergia. Los ciudadanos la llevaban por delante y ella no lo sentía. Vio a la extraña chica en la acera opuesta y su cuerpo volvió a la normalidad. La extraña entró en un edificio megalítico, muy similar al de Usdik. “Confox” dijo en voz alta al leer el logo holográfico en los primeros pisos.

<<¿Qué está ocurriendo?>> se preguntó. Fue como verse en un espejo, sin embargo, la imagen que le devolvía no era la misma. Su imagen pasó al otro lado del reflejo. ¿Por qué no recordaba nada? Las imágenes estaban incompletas y no lograba recordar. Su forma era idéntica al de una ciudadana. Los Excellens eran únicos, cuya apariencia era producto de un complejo algoritmo que nunca daba dos resultados iguales, no existían sihumas o ciudadanos iguales a los Excellens. Sin embargo, ahí estaba ella, su reproducción casi idéntica.

Contra su voluntad Nydia regresó a la oficina. Quedaba informar a McNamara que O’Connel tenía la información y el UAM fue destruido. Ya no deseaba seguir con el trabajo, rechazaba a McNamara como su usuario y a pesar de ello sabía que despertaría sospechas si desaparecía así como así.

Se conformó con regresar a Confox por la noche, luego de acabar el horario de trabajo, y McNamara dejara la oficina. Ella saldría e intentaría llegar antes de que la chica desapareciera.

La distancia pasó como si nada, y uno minutos más tarde ocupaba su asiento de nuevo.

-¿O’Connel te ha recibido sin problemas? –dijo McNamara al verla entrar. –te ha tomado más tiempo del esperado. –su expresión sugería que bromeaba.

-El señor O’Connel pidió que le permitiera examinarme. Fue el motivo de porque me envió ¿No es así? –había un indicio de ofensa en la voz de Nydia. McNamara no lo notó, parecía divertido al escucharla.

-Así es ¿Se ha convencido?

-Su idea ha sido efectiva. Dijo que encargaría uno mañana mismo.

“También me preguntó sobre su trabajo.” tentó a decir, pero se contuvo.

-Dudo que lo haga, el viejo es predecible. Indagará sobre el funcionamiento de los sihumas, y cómo funcionan sus cerebros, y cuando pase un tiempo tal vez lo considere de nuevo. Es un hombre meticuloso y eso lo hace lento. Hablando de lentitud, Nydia te he enviado mis notas referentes a los últimos análisis demográficos de Admira, las actividades prevista para el próximo mes, y los estudios de rendimiento interno. Necesito que pases y encriptes todo para las 5 de la tarde. Recuerda de hacer también las fichas digitales para SupraSky. Está todo en tu computadora. Ponte cuanto antes.

-Sí, señor.

Reflejos de obediencia abnegada. Surgió siquiera antes de que ella considerara lo que McNamara había dicho.

Las luces se apagaron luego que McNamara se fuera esa noche. A solas, Nydia ordenó el lugar como hacía cada día. McNamara no podía sospechar que ella abandonó la oficina. Le

prohibiría salir de nuevo y la encerraría en el cuarto de hibernación cada noche. Si llegaba a apagarla Nydia no sabría si despertaría. Quedaría a la merced de su usuario. La formatearían. Nunca más despertaría de nuevo como ella misma.

Cerró la puerta e intentó esquivar las cámaras de seguridad en su escape. La última luz del día murió al llegar a Confox. Los empleados salían del edificio mezclándose en la calle. Eran demasiados para poder distinguir si la ciudadana estaba entre ellos. Nydia esperó en la acera opuesta, sondeando desde la baranda, detrás de un aviso holográfico de modelos de APH Raznor. La marca en espiral hacía de escudo donde podía esconderse y espiar entre los espacios de la “a” y la “n”.

La vio salir entre la hilera de ciudadanos que abandonaban Confox desde el fondo del pasillo lateral. La multitud le dificultó encontrarla cada vez que se adentraba en las acumulaciones vivientes de peatones. La siguió desde la acera sobreescalera por varias cuadras. Si se acercaba mucho corría el riesgo de que la viera.

Pasó la avenida y subió las escaleras del Velox. Según el lado de la estación que subió el tren se dirigiría al este y se detendría en Nereos. Había cinco paradas desde donde estaba hasta la última, y la ciudadana podría bajarse en cualquiera. Luego de cruzar las puertas de entrada, Nydia se dio cuenta de que nunca había estado antes en una estación o había viajado en un Velox. Los sihumas poseían un sistema diferente de registro que los ciudadanos. Un ciudadano entraba en el tren marcando su dedo, el sihuma lo hacía de la misma forma, bajo la piel el sensor detectaba el código vinculado al usuario descontado de su cuenta.

Representaba un problema para Nydia, si llegaba a marcar el viaje quedaría registrado y McNamara sabría que escapó de la oficina. Por otro lado, no tenía otra forma de perseguir a la ciudadana. Se escaparía sin importar cuantas veces la siguiera, ella siempre llegaría hasta esa estación sin poder continuar. La única opción era arriesgarse.

El registro de pasajero era el menor de los problemas. La estación estaba llena de cámaras. Escaneaban el lugar constantemente. Con la cantidad de gente Nydia se escondió sin perder de vista a la ciudadana. La chica se acomodó casi al comienzo de la fila. Nydia la vigiló de lejos. Cuanto más la miraba más se asombraba de su parentesco. Se reconocía a ella misma en la ciudadana. Su cabello corto hasta los hombros era lo único que las diferenciaba. Su altura era la misma, variaba en un centímetro gracias a los zapatos de taco grueso de Nydia. El resto, por lo que calculó empíricamente, el largo de sus brazos, el tamaño de sus manos, sus ojos, su cabeza, todo era idéntico. Bien sabía que las posibilidades de que ocurriera, que las configuraciones de apariencia dieran un resultado idéntico al de un ciudadano eran imposibles.

El tren llegó. Las puertas se abrieron para el intercambio de pasajeros. Alguien gritaba un nombre repetidas veces, pero nadie prestó atención. Nadie quería quedarse afuera. Nydia entró en un vagón atrás del que entró la chica. Esperaría a un lado de la ventana, espiando para ver en qué estación descendería. Y cuando lo hiciera, ella haría lo mismo.

Pasó la primera parada, unos pocos ciudadanos se bajaron, pero no ella. En la próxima fue

lo mismo hasta que finalmente la vio abandonar el tren. Permaneció detrás de ella en todo momento.

Nydia estaba a 400 kilómetros de las oficinas en el centro de Arcadia. Llegó muy lejos... pero no había nada de que estar lejos, ningún lugar al cual volver. Y si no había lugar a donde volver, no podía estar perdida.

Las calles persistían activas sin importar la hora. Los edificios eran diferentes, muchos eran viejos, reforzados con exoestructuras. El este de Arcadia era algo más rústico que el centro.

Buscó la seguridad del lado interno de la acera. Contra los edificios. Si la ciudadana llegaba a ver hacia atrás podría ocultarse rápidamente. Usaba de muro a un hombre alto, de cabello largo, cuya cabeza estaba cubierta por la pantalla del APH y un NatoOrb levitaba a su paso proyectando una pantalla holográfica que complementaba al APH. Vestía un saco largo que tocaba su calzado. Otro hombre, gordo y de pasos cortos caminaba delante dándole una visión de la ciudadana a unos cuatro metros de distancia. El resto del espacio estaba cubierto por transeúntes dispersos. Distraídos, ninguno se fijaba en Nydia o en la marca en su mejilla y lo errático que era su comportamiento para un sihuma. Ya no sabía cuántas barreras había cruzado o que consecuencia tendría.

Escuchó llamar el mismo nombre que en la estación, vino de detrás de ella, a pocos pasos de distancia. La chica se detuvo y miró hacia atrás. Un hombre joven la alcanzó. Nydia se apoyó contra una columna dejando marchar al resto. Al principio la ciudadana pareció molesta, reprimió al ciudadano. Pero este le mostró algo y de pronto el estado de la chica se calmó y hasta pareció ablandarse. Conversaron unos segundos y continuaron caminando juntos.

Por un segundo Nydia pensó que la habían descubierto. Ninguno de los dos miró en su dirección. Los siguió ajustando el cuello del saco, simulando que sentía frío. Esa mañana cuando salió llamó la atención de extraños y ahora no podía pasar lo mismo. Actuó pretendiendo tener frío cruzando los brazos en el pecho, encorvando la espalda y arrastrando los pies.

Los dos ciudadanos se detuvieron en la esquina. Hablaron por otro minuto y se separaron. Ella continuó su camino y él siguió por la intersección hacia la derecha. Por su lado, la chica caminó por nueve cuadras más hasta que entró en un edificio. Nydia corrió hacia la puerta, la detuvo antes de que se cerrara, se aventuró y apoyó la puerta con cuidado evitando que la cerradura encaje.

Los números en la pantalla sobre la puerta del ascensor cambiaban velozmente. El vestíbulo de entrada era un pasaje ancho, de piso de cerámico celeste oscuro y paredes blancas sedimentadas de piedras negras. Un pasillo rodeaba el ascensor dando a las escaleras. Subió sigilosamente.

El ascensor se detuvo y el visor sobre el botón le indicó que se había detenido cuatro pisos de donde estaba. Apresuró el paso procurando que el ruido no la delatara. Escuchó el sonido de la cerradura confirmando la identidad del portador de la llave. Despacio se asomó por el borde del último escalón y vio como la chica entraba en el último departamento del corredor.

Ahí es donde vivía. Al cerrarse la puerta Nydia salió de su escondite y se aproximó con cautela. Estuvo a punto de tocar a la puerta, pero se detuvo.

En la planta baja la puerta seguía abierta. Aprovechó para marcharse. Tenía un tren que esperar.

Morir, dormir; dormir, tal vez soñar

Sería negligente decir que no ocurrió algo importante en los últimos días. Algo que convertía su rutinaria vida en algo diferente. Poseía tiempo de sobra para pensar al respecto. Le quedaba una hora y media más de viaje de regreso a Isla Central. En el tren de larga distancia quedaban asientos libres para futuros pasajeros. Un sábado al medio día no mucha gente viajaba de Occasus a Isla Central. ¿Por qué querrían ir a Isla Central si viven en ese lado de la ciudad? Habría que ser muy idiota para quererlo. Ella lo hacía porque en definitiva, le gustara o no, vivía en Isla Central.

El viaje era largo, pero al menos podía distraerse observando por la ventana. En un viaje de tres horas y media de NovaCity, a través de Sannazaro, hacia a Arcadia, había mucho que ver. El lado oeste era similar a un sueño para todo aquel que vivía en Isla Central. Tal vez era idea de ella. Exageraba. A la mayoría le gustaba vivir en Isla Central. Pero con el lado oeste no había comparación.

El tren era un N-Velox aún más rápido que los internos. Recorría una distancia que unía cada lado de la ciudad, permitiendo un viaje rápido, dependiendo a donde se iba. De Arcadia a NovaCity, el distrito principal de Occasus, había 1500 kilómetros. Las vías hacían una parábola abierta desde el centro de Arcadia al centro de NovaCity.

Tuvo que levantarse a las cinco de la mañana para llegar al LNH a las diez de la mañana. A Litzzy le gustaba aprovechar cada oportunidad para dormir. Es lo que hacía casi todo el fin de semana. Dormir. Ese sábado tuvo que hacer una excepción. El día anterior se anotó en el programa de cambio de memoria. Le explicaron todo lo que tenía que llevar. Lo que tendría que firmar. Contarles detalladamente que deseaba remplazar. Sería como una rápida charla psicológica donde tendría que explicar lo que nunca quería repetir y porque deseaba olvidarlo. El porqué resultaría obvio para cualquiera al escucharlo.

Le prometían cambiar el pasado por uno nuevo, merecía el intento.

Lo hizo, se levantó a las cinco de la mañana, cuando el sol aún no juntaba el suficiente coraje para dar la cara. Con toda su información personal lista sobre la mesa, y enmarcando la idea que debía contarle su pasado a un extraño, hizo todo como le dijeron. El viaje era largo y cansador. Compró un comprimido alimenticio que la mantendría sin hambre todo el recorrido. Los asientos del N-Velox tenían un óculus instalado en el respaldo y acceso al interfasma,

cualquier cosa con la que matar el tiempo. Dos horas y media de viaje no eran fáciles de matar.

Al final, el viaje duró unos treinta minutos porque el resto del tiempo Litzzy durmió. Se anestesió lo suficiente con el cubo para no sentir ansiedad. Para cuando despertó NovaCity la recibió con sus impactantes rascacielos, llegó a ver la torre Claud Uno, presencié la fachada High-Tech barroca del museo Memento, y muy sobre el límite en lo alto, divisó la punta de la torre de Galatea. Eso fue hace cuatro horas atrás. Ahora viajaba de regreso a Arcadia. Satisfecha. Sin sueño, perdida en la visión de Nóvapor en el lado oeste.

El lado oeste era un paraíso blanquecino de edificios elevados y avanzados. Torres que tenían hasta diez veces más piso que en Arcadia. Formas extravagantes. Con fulgor, los avisos holográficos llegaban a rodear edificios enteros. Litzzy pensó que de no ser por el accidente ella viviría ahí, en PrimasLogo, la torre que se podía observar desde cualquier lado de la ciudad después de la de Galatea. ¿Qué futuro le habían arrebatado? Era la tierra prometida que nunca recibió. Y ahora se sentía una extranjera, se sentía fuera de lugar.

Encontrar el Laboratorio de Neurología Howard no fue difícil. El edificio era gigantesco. Siendo fundado por el padre de Wilhelm Capec, el laboratorio tenía 76 años y era el más avanzado de la ciudad, del país y se podría decir del mundo.

Apenas mencionó su nombre en la entrada la guiaron al departamento de investigación, al cual pertenecía el programa. El piso 23, junto a los cuatro pisos que le seguían, conformaban el laboratorio de neurología centrado en la memoria. Recordó leer en una placa holográfica junto a la puerta de entrada: “La separación entre el pasado, el presente y el futuro es una ilusión, pero una muy convincente” “Albert Einstein”. Pensó en la frase mientras esperaba por su entrevista en una sala cuyos sillones eran los más cómodos que sintió en la vida. Podía moverlo con pensarlo, se inclinaban o abrían. Se preguntó cuánto costaría uno. Un sihuma repartía aperitivos y bebidas entre los presentes. La marca Excellens estaba grabada en su mejilla. Nueve pantallas holográficas reproducían documentales informativos sobre las investigaciones que se llevaban a cabo en el laboratorio.

Su turno llegó un instante después. Conversó con un hombre de gafas negras, y cabello espeso. A Litzzy le pareció un ciudadano bastante común y corriente. Pasaron una hora hablando, informándola de todo lo que implicaba el programa. Ella le contó que recuerdos deseaba cambiar y no pudo evitar que varias lágrimas brotaran de sus ojos. Se enteró que estaba llorando cuando el doctor le prestó un pañuelo.

Luego de vueltas, explicaciones, sesiones psicológicas, neurológicas y análisis médicos, su vida comenzó a mejorar. No solo cambiarían sus recuerdos, también le pagarían cincuenta mil drachmas el primer mes. Y luego diez mil por mes, durante el transcurso de un año. Tuvieron que repetírselo para que lo creyera. ¡Cincuenta mil drachmas! Podría dejar de trabajar en Confox de una vez para siempre. La noticia hizo que las cuatro horas que tenía que viajar de regreso no le importaran. Sin embargo, para participar del programa tenía que ser seleccionada. El laboratorio debía establecer que ella era compatible para el proyecto y no existieran riesgos.

Seguramente la llamarían, lo vio en la cara de los médicos. La vieron como si fuera... una rata de laboratorio magistral. Perfecta, con una mente en desarrollo y predispuesta al cambio. Dijeron que sus latentes sentimientos negativos a los cuales estaban enlazados los recuerdos, favorecerían que el cerebro adoptara los nuevos más rápido. Dependía del desprendimiento del ciudadano hacia esas memorias. Que fueran negativas no significaba que un ciudadano las evitara. Existían quienes aunque odiaban momentos de su pasado y eran adictos a recordarlos, le explicaron.

Ella no quería olvidarlos, ella quería que desaparecieran, borrarlos por completo y le crearan nuevos, mejores.

El tren navegaba por los rieles, tan rápido que era imposible ver algo. El lado oeste quedaba atrás y sus torres se veían con claridad. Litzy no podía creerlo. Sentía que era el comienzo de una nueva vida. Pasaría un mes hasta que comenzara el programa una vez que supiera que era parte. Y en ese tiempo iría a Confox con una sonrisa sabiendo que su tiempo estaba contado. Si decidía quedarse tendría que pedir licencia por un mes con el mismo tiempo de anticipación. ¿Por qué querría quedarse? Hacía tres años que trabajaba ahí y en ese tiempo no surgió ningún otro trabajo. ¿Qué pasaría si no surgía nada luego de un año? Se encontraría de nuevo sin empleo. Su felicidad se aplacó un poco pero no tanto como para borrarle la sonrisa de la cara.

Andreas no lo entendió cuando se lo contó. Tuvo que repetírselo. El viernes Andreas le pidió que almorzaran juntos. Si no fuera por él, la noche anterior se hubiera quedado en la calle. Andreas viajó detrás de ella con tal de alcanzarla para llevarle la llave, y a cambio solo pidió que almorzara con él.

Cuando la alcanzó al salir del Velox, Litzy se enfureció pensando que la había seguido. Andreas le mostró la llave, ella la buscó en su bolsillo y no la encontró. Se le había caído en Confox, Andreas la encontró e intentó devolvérsela.

El restaurante no estaba mal. Era el mismo al que había estado yendo los últimos días. Prefirió no decir nada. Se sentaron en asientos opuestos y ordenaron.

Viajando en el N-Velox, pasando sobre el brazo izquierdo del río Skyx recordaba con afecto a Andreas. Tal vez lo recordó al ver el avión que sobrevolaba la ciudad. Para Andreas ser libre era lo más importante que tenía en la vida, Litzy no sabía aún porque, no llegó a explicárselo, pero dado el momento imaginó que se lo diría. Y tal vez ella podría contarle sus propios traumas. Sea cual fuere el motivo de por qué lo recordaba, aunque intentara negarlo comenzaba a gustarle el muchacho.

-¿Puedo contarte algo? –dijo Litzy luego que acabaran de almorzar. –Necesito decírselo a alguien.

-Claro. –consintió cambiando su semblante con preocupación. El semblante de Litzy cambió apenas hizo aquella pregunta.

-No he tenido... -vaciló en continuar. –Mis padres murieron en un accidente cuando era

pequeña. –soltó de pronto. Andreus abrió la boca. –No digas nada aún, solo escúchame. Hay muchas cosas en mi vida que me gustaría olvidar. Sé que muchos tienen algo que quisieran olvidar. Pero esto es una carga muy pesada para mí... y he visto que se está por llevar a cabo un programa de remplazo de recuerdos. Y he pensado unirme. De poder hacerlo podría cambiar mi pasado.

Andreus se relajó en la silla antes de decir algo. Parecía que estuvo conteniendo la respiración y estaba a punto de ponerse azul. Miró a Litzzy con lástima, ella lo percibió y le molestó. Andreus transformó su expresión aclarándose la garganta. Se incorporó apoyando los brazos sobre la mesa.

-¿Estás segura de que esto podría funcionar? Quiero decir, que pueden hacerlo.

-No lo sé, y no me importa, si es posible quiero intentarlo. Si logro cambiar mi pasado seré otra Litzzy.

-Pero es tu vida, sería como rechazar lo que te convierte en...

-¿En qué? –lo interrumpió. -¿En lo que soy ahora? ¿No crees que el hecho de que quiera intentarlo es siquiera un mínimo indicio de que no me gusta como soy? Seguiría siendo yo, solo que con un pasado que valga la pena recordar.

-Litzzy cambiar tu pasado es cambiar tu presente. No puedes borrar lo que una vez pasó así como así.

-¿Sabes cuantas veces he imaginado que hubiera pasado si mi padre hubiera tomado otra ruta, o si hubiéramos decidido viajar una fecha diferente, o si yo hubiera enfermado esporádicamente, o simplemente haber tenido un capricho de no querer hacer el largo viaje? No puedes saberlo porque no eres yo, y nunca lo dije. Cientos, sino miles de veces han pasado por mi cabeza esas imágenes.

-Recuerdas el pasado como si pudieras cambiarlo. Debes entender que el pasado no puede cambiar, pero puedes cambiar tu futuro.

-Es lo que pretendo hacer, cambiar mi pasado para tener un mejor futuro. El pasado ya no existe, es solo una recopilación de imágenes y sensaciones. Fácilmente puedes confundir un sueño con un recuerdo, así de endeble es el pasado. ¿No lo comprendes? Creo que hay una Litzzy ideal que debió existir pero no ocurrió, si logro remplazar mi memoria podré hacerla realidad. No cambiaría mi personalidad entera, solo lo suficiente para no vivir de Pandora eternamente. Mi pasado me afecta porque creo que es cierto y tengo la certeza de que ocurrió. Con el programa podría hacerme un pasado mejor que resultara en este mismo presente. ¿Entiendes? No sería un cambio radical, solo un ajuste.

-Cambiar tu pasado es más que un “ajuste”... pero si crees que es lo mejor... ¿Dónde realizarán el procedimiento?

-En el LNH. Llamé esta mañana, mañana a las 10 tengo una entrevista para entrar al programa.

-Si quieres que te acompañe...

-No, es algo que quiero hacer sola. Gracias.

Con el primer pie que puso sobre el N-Velox se arrepintió de esa decisión. Ir sola hacía que sus piernas temblaran de miedo. Nunca había estado en el lado oeste y no conocía a nadie. A decir verdad no conocía a nadie en toda la ciudad. Sin embargo, logró hacerlo y estaba orgullosa de sí misma.

El viaje estaba por acabar. El tren aminoró la marcha gradualmente y los pasajeros preparaban sus cosas para descender. Las pantallas holográficas se fueron apagando como un dominó, asiento por asiento. La inteligencia artificial del tren Iri les indicaba que esperaba que hayan tenido un viaje placentero, y que siempre confiaran en el N-Velox para llegar a tiempo a cualquier parte de la ciudad. La IA administraba todo el tren en constante conciencia de cada uno de sus vagones, estaba en comunicación con el funcionamiento de los rieles y con el centro de control de trenes en Arcadia. La parada del tren era la última. Una vez que los nuevos pasajeros subieran retomaría su recorrido por la dirección en que llegó. Se detendría en Sanazaro y luego en NovaCity completando otro ciclo.

Litzzy miró por la ventana una última vez y se bajó cuando se lo permitieron. Al ver la hora en la estación descubrió que eran casi las cuatro de la tarde. El día pasó rápido entre viajes y aún no acababa. Para llegar al departamento necesitaría tomar la línea dos del Velox. Estaba de buen humor, Isla Central le pareció menos detestable que cuando se levantó, hasta le gustaba.

El centro de Arcadia estaba atestado de ciudadanos, ambos niveles de la acera por igual. Los avisos brillaban con mayor intensidad y se movían visiblemente los fines de semana cuando el volumen de potenciales clientes crecía. Estaba lo suficientemente alegre para que no le importara. Recordaba los cincuenta mil drachmas. La sorpresa que se llevó cuando lo escuchó y como se tuvo que contener para que no se le iluminara la cara frente al médico.

Recuerdos nuevos, sus padres nunca murieron, vivirían en otro país ¿Qué más daba donde estaban? Pudieron haberse ido a vivir por decisión propia. Su padre era de Noruega, era un destino bastante lógico. Ella prefirió quedarse en Nóvapor por algún motivo que los expertos inventarían. Así de fácil era.

Llegó a la estación de la línea dos descubriendo que caminó veinte cuadras con la conciencia en otro lado, disfrazando la distancia. La línea 3, que acostumbraba tomar para ir a Confox, no coordinaba el horario en el centro. La línea 2 pasaba a las cinco y en diez minutos llegaría el tren a la estación. Sus posibilidades de viajar sentada eran casi nulas, la estación estaba llena y el tren llegaría rebalsando ciudadanos por las ventanas. Por los altoparlantes se repetía el mismo mensaje de siempre ante el nuevo arribo.

Ciertamente el día era un poco más brillante cuando se estaba de humor, reflexionó Litzzy mirando el manto plateado a través del techo de cristal. Para cuando llegara al departamento sería alrededor de las 6:30 PM. Tenía que bañarse y arreglarse un poco antes de que llegara Andreus. Pudo dormir algo en el viaje, pero de todas formas estaba agotada. Si era necesario

masticaría una pastilla de cafeína pura. Y por primera vez en mucho tiempo no utilizaría el Pandora para calmar su ansiedad. Se sentía bien así que quería seguir eufórica. Había mucho que contarle a Andreus. El fin de semana probablemente pasaría rápido y de ahora en más los días serían diferentes.

<<Van a llamarme.>> se dijo observando la tarjeta holográfica que le dieron. Dr. Eduard Alanos. Al tocarla, de la tarjeta se desprendían las iniciales del Laboratorio de Neurología Howard en centelleantes letras tridimensionales. Se la mostraría a Andreus como prueba de que hablaba en serio. Era posible y pensaba hacerlo. Moviéndose en la fila hacía las puertas del tren se descubrió pensando en Andreus más de la cuenta. Quería compartir su alegría con alguien, compartir las buenas noticias.

El sol cayó con obstinación. Lo que quedaba de su presencia se podía ver en los reflejos de los edificios más altos. Pasó la mayor parte del día viajando de un lado a otro, nueve horas arriba de trenes. En un día normal estaría molesta y angustiada, en esa tarde moribunda solo quería llegar a casa, darse una ducha larga y cambiarse. Si podía dormir unos minutos no estaría mal. Treinta minutos. Andreus no llegaría hasta comenzada la noche. Eso le daba tiempo extra. La noche anterior durmió cinco horas, cómo seguía despierta era todo un milagro.

Finalmente, llegó al departamento, rememorando que pasaron doce horas desde que se fue. El silencio era el mismo. Encendió el televisor, el óculus escupió millones de píxeles ordenados en formas sintéticas. Con el saco colgándole de un brazo Litzzy caminó directo al baño. En su ausencia los bots hicieron su trabajo como siempre. Se descalzó arrojando los zapatos de un solo tirón. Arrojó el resto de la ropa sobre la cama y corrió a la ducha. El espejo la saludó sugiriéndole las nuevas microinyecciones que mejoraban la elasticidad de la piel. El vapor le derritió el frío y el cansancio. Mientras el agua caía sobre su cabeza pensó en sus padres, en los recuerdos que borraría. ¿Estaba traicionándolos si remplazaba su memoria? Ellos seguirían ahí, todos los recuerdos hasta antes del accidente quedarían intactos. ¿Por qué sentía culpa? Ellos eran el propósito de porque quería hacerlo, quería que siguieran vivos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Fueron ellos los que la dejaron. Con gusto los hubiera acompañado si se lo hubieran permitido.

Todo va a desaparecer al momento que la duerman en la camilla del laboratorio. Eran 21 años que reconstruir. Toda su vida adolescente desaparecería. ¿Qué mierda importaba? Luego que despertara todos esos recuerdos ya no existirían, no pertenecerían a nadie. Ella lo dijo, el pasado solo existía en la memoria. Los nuevos recuerdos serían toda la verdad que necesitara, la única verdad.

Había un problema. Nadie en Confox conocía su pasado, sin embargo, Andreus sabía lo que ocurrió. Cuando llegara el momento él tendría que actuar. Pretender que no sabía lo que ocurrió. ¿Por qué se lo contó? Sabía lo suficiente, tendría que hacerlo prometer que nunca diría nada al respecto cuando esté hecho. Ni una sola palabra.

Buscó algo que ponerse en el menú digital en el espejo del clóset. Seleccionó un pantalón

negro de algodón y una blusa blanca. Abrió el clóset y las dos prendas esperaban al frente de la repisa interna. Con la ropa puesta el cansancio la atacó, los ojos se le cerraban y las piernas se esforzaban por sostenerla. Necesitaba dormir un poco. Se dejó caer de espaldas sobre la cama, cerró los ojos y pasaron unos segundos hasta que quedó profundamente dormida.

La música de la puerta la despertó en un sobresalto que hizo que irguiera el cuerpo en ángulo recto. Miró el reloj, eran las 7:55 de la noche. La música de la entrada sonó de nuevo. Y en un salto Litzy se levantó de la cama. <<Andreus>> recordó en su mente. Acomodó su cabello tanto como pudo y utilizó la máscara para el maquillaje. Ni siquiera llevaba ropa interior puesta. No se suponía que debía dormir tanto. Al escuchar que llamaban a la puerta se olvidó del último detalle y corrió para atender.

Abrió la puerta vehementemente y se encontró mirándose a un espejo. Una chica de ojos verdes, piel blanca y cabello largo la miraba con expresión lánguida. La marca de Galatea en su rostro. Litzy demoró varios segundos en reaccionar. Quien tocó a la puerta era idéntica a ella, el parentesco era tan exacto que pensó encontrarse de nuevo frente al clóset.

Los ojos de la extraña parpadearon y sus labios se movieron sin decir nada. El cabello caía alrededor de su rostro cubriéndole las orejas. Avanzó al interior del departamento, Litzy no supo qué hacer más que retroceder. La chica cerró la puerta. El ruido de la cerradura hizo eco en los odios de Litzy.

-¿Quién eres? –preguntó Litzy sintiendo el surrealismo del instante. ¿Era una ilusión? ¿Un mensaje de su mente para evitar lo que planeaba hacer?

-¿Quién eres? –repitió su reflejo con su misma voz.

-¿Por qué –tartamudeó sin creer lo que iba a preguntar. -eres igual a mi?

El sihuma no dejaba de mirarla, no desprendía sus ojos de ella. La examinaba como si intentara leer debajo de su piel. La penetraba con los ojos y comenzaba a incomodarla.

-¿Por qué soy igual a ti?–dijo atisbando una punzada de ira.

-No-no lo sé...

-¡¿Por qué?! –gritó la extraña sobresaltando a Litzy. Su pecho se convulsionó por el miedo. –Dime quien eres. –dijo bajando el tono de su voz, caminando hacia Litzy. Sus pasos eran inseguros, como si sus pies actuaran por cuenta propia.

-Mi nombre es Litzy. –la mandíbula tembló y la última consonante sonó silenciosa. El miedo le producía escalofríos con cada paso que daba el sihuma hacía el interior del departamento. Litzy retrocedía sin mirar, tanteando el aire con sus manos.

-¿Por qué somos iguales? –inquirió el sihuma en una expresión tan desesperada como la que poseía Litzy.

-No lo sé. –dijo rápidamente antes que las palabras se le atragantaran.

-¿Tú me creaste? –avanzó otro paso. Litzy olvidó retroceder.

-No...

-¡Dime la verdad!–gritó.

-¡No sé de qué hablas! –contestó levantando la voz. Decía la verdad ¿Por qué no le creía? -Eres un sihuma, no puedes estar aquí. Vete, te ordeno que te vayas. –atizó señalando la puerta, temblando, anhelando haberse escuchado autoritaria.

-¿Por qué eres igual a mí? –preguntó el sihuma ignorándola.

-¡No lo sé! –gritó en una mezcla de ira y desesperación. –Tienes que apagarte. –balbuceó cuando el pecho se le encogió en una exhalación trabajosa.

-Si tú no me creaste ¿Por qué somos iguales?

Sin importar cuánto gritaran, Litzy sabía que nadie la ayudaría. Sus vecinos tenían más de extraños que de amigos. No conocía sus nombres y nunca los cruzaba durante el día. Algunos veían el óculus toda la noche. El volumen se escuchaba a través de las puertas. Estaba perdida.

-No lo sé. –exclamó aterrada.

-Dime la verdad. –repitió el sihuma multiplicando las convulsiones de Litzy.

-¡No sé cuál es la verdad! –espetó rápidamente. Llevó las manos a su sien en frustración. ¿¿Por qué no le creía?? Ella no comprendía nada, no sabía quién era el sihuma o de quien era. ¡No sabía nada!

Estaban solas. Al recordarlo el miedo le atenazó el corazón. Las lágrimas le brotaban una tras otra. No sabía qué hacer.

-Dime cuál es la verdad. –exclamó llorando Litzy.

-No lo sé. –ambas lucían igual de consternadas. Solo de Litzy salían lágrimas.

-Apágate, por favor. Tienes que apagarte. –balbuceó. -Eres un sihuma, tienes que hacer lo que te digo. ¡Apágate! ¡Duerme! ¡Hiberna! ¿¿Por qué me atormentas!?

-No puedes darme órdenes.

-Tienes que irte... –susurró Litzy confusa si hablaba con ella misma o con alguien más. –Debes obedecerme, eres una máquina... ¡no puedes estar aquí! –Intentó sujetar a la extraña del brazo y sacarla de su casa.

El ojo del óculus proyectó una llamada entrante. Intentó atender cuando las manos de la extraña le rodearon el cuello y apretaron con fuerza. Las dos cayeron al suelo tropezando. Litzy cayó de espaldas y el sihuma logró acomodarse sobre ella, sentándose sobre su abdomen, con las piernas abiertas y las rodillas flexionadas. Litzy forcejeó para sacársela de encima. La golpeó, intentó levantarse. Nada funcionaba, la tenía atrapada. Sentía sus dedos hundirse en su garganta, cortándole la respiración y la sangre. Quería gritar, pero apenas tenía aire para vivir unos segundos más. Un grito ahogado llegó del fondo de su garganta, pero nunca salió de sus labios.

-Lo siento. –El rostro del sihuma se nubló en un gesto de tristeza. Imprimiendo más fuerza en las manos que ceñían el delgado cuello de Litzy.

El corazón le latía como nunca antes. Comenzó a marearse, la falta de sangre y oxígeno en el cerebro la estaban conmocionando. Iba a morir, de verdad iba a morir. Y no lo deseaba, descubrió que quería vivir, había tanto porque vivir. Estaba todo arreglado, se suponía que su

vida iba a mejorar. ¡No podía morir!

De sus ojos brotaron lágrimas de impotencia, empujadas por el pánico que sentía. Nada de lo que hacía lograba zafarla de las manos que apretaban como tenazas. Los números parpadeaban en la pantalla. La llamada sonaba, estaba a una palabra de la ayuda. Pero era demasiado tarde.

Le rogaba con sus ojos al sihuma que la soltara, que la dejara vivir. Pero la expresión de pena del sihuma no cambió en ningún momento. Arqueó la espalda sobre Litzy y su cabello las cubrió.

-Lo siento. –repetía continuamente. –Lo siento mucho.

Litzy perdió la sensación de sus brazos, intentó librarse con las fuerzas que le restaba, pero le era imposible. Lloraba cada vez más, y eso no parecía conmover a una máquina. En verdad no quería morir, no lo quería. ¡Quería vivir! Por primera vez en su vida quería continuar viviendo.

Para cuando la visión comenzó a nublarse, el pecho de Litzy se rebatía en convulsiones, hasta que poco a poco dejó de moverse y murió.